



Revista de teología
feminista

AnDanzas

En la vida cotidiana

año 2 • número 5 • noviembre 2022



VOCES Y MIRADAS

Tejiendo con ternura
la paz





Revista de teología feminista

VOCES Y MIRADAS:
TEJIENDO CON TERNURA LA PAZ

año 2 • número 5 • noviembre 2022



AnDanzas en la vida cotidiana. Revista de teología feminista.
Año 2, número 5, noviembre 2022

Consejo editorial

Rebeca Montemayor López
María Isabel Huerta Armenta
Karen Castillo Mayagoitia
Ana Lilia Salazar Zarco
Karina de la Rosa Morales
Dania Alejandra Velázquez Cano
Rosa Margarita Mayoral
Patricia Moreno Becerra

Ilustración de portada: Paola del Carmen Maldonado Guzmán

Reserva de derechos e ISSN en trámite.
Licitud de contenidos y título en trámite.

© Cátedra de Teología Feminista
México

Los puntos de vista, opiniones y experiencias compartidas en cada uno de los artículos son responsabilidad de las autoras y no necesariamente representan el punto de vista de las editoras.

Se permite la reproducción total o parcial de los contenidos citando la fuente y a la autora de los mismos.

ÍNDICE

Introducción	5
<i>El arte de ternuriarnos</i> María José Encina Muñoz	13
<i>Dios nos ternurea en la casa del migrante</i> Diana Montserrat Ortega Sandoval	21
<i>La ternura fuente de humanización y desarticulación de la violencia</i> Adela Salinas	33
<i>El entre mujeres signo de ternura en una realidad hostil y violenta</i> Rosa Isabel Jaimes Garrido	45
<i>La divinidad presente en el autocuidado</i> Mónica Nereida Huerta Torres	55
<i>El cariño en la crianza mutua de la vida</i> Sofía Chipana Quispe	65

<i>En la urdimbre de la paz y la ternura, en un mundo de violencia</i>	
Manuela Rodríguez Piñeres	73
<i>El camino de la ternura</i>	
Madai Xihucuahtzin	77
<i>Lo que redimiste da vida a tu pueblo</i>	
Lourdes López	85
RESEÑAS	
<i>Reseña del libro “Ecofeminismo: teología saludable para todos sus habitantes”</i>	
Mariana Gómez Álvarez Icaza	105

INTRODUCCIÓN

Las mujeres, receptoras de múltiples violencias, también posibilitan espacios y abren caminos, se potencian en *voces y miradas tejiendo con ternura la paz*. En esta edición, el título quiere ser un reconocimiento de las *mujeres en las iglesias, en la sociedad, en la reflexión teológica y espiritual, en las comunidades y en la cotidianidad, que son una parte fundamental en el tejido social*.

Voces y miradas *diversas, acciones valientes y decididas de ternura* que: trastoca, convence, transforma, libera, sana heridas y descoloca violencias. *Estas ternuras contribuyen a la justicia y la paz*.

Así, con cada experiencia, reflexión, mirada y voz, descubrimos la relación entre el cuidado, la justicia y la no violencia con la ternura, como expresión de humanidad, de dignidad, de encuentro, de abrazo de Dios, la Divinidad, la Ruah que se teje y nos teje en el espacio sagrado de la vida.

En un primer texto profundo de introspección y discernimiento espiritual, nos invita con creatividad a *“El arte de ternuriarnos”*, de María José Encina, que emerge desde una *experiencia de abuso*, para descubrirse así misma como

sujeto de ternura. Y esto, como lo apunta la autora, no es para nada dulce, ni fácil, **implica un atreverse a entrar en la soledad de sí misma.**

Ternuriar como acción que hay que aprender a conjugar. Y es allí, que **en la comunión con lo sagrado**, se resalta la valentía de las mujeres para ponerse en camino; se inicia pues **un camino de transformación hacia la dignidad de auto-ternuriarse.** Porque el amor-ternura sagrada, **“siente desde las entrañas”**, sana las heridas y fluye hacia afuera, e inevitablemente afirma María José, desde su experiencia, transita hacia una ternura colectiva entre mujeres: **“debemos ternuriarnos”**.

Para Diana Monserrat Ortega Sandoval, en un tono biográfico, su experiencia vocacional **en la Casa del Migrante del Cerro del Cuatro en Tlaquepaque, Jalisco**, su texto **“Dios nos ternurea en la Casa del Migrante”**. Se describe en una primera fase, ante su descubrimiento de **ser migrante** y su conversión desde los y las migrantes: **pérdidas, duelos, situaciones límite, cuerpos vejados y abusados, mutilados...** historias de terror. Pero también confrontada ante sus miradas y sueños, su espíritu de fe y esperanza.

Dios ternurea, en el acercamiento, en la escucha, en la compasión, en el amor, las y los migrantes impelen a estar y caminar con ellos y ellas. Y en una segunda fase, la autora describe una bitácora (2017-2022) de sus intervenciones en la Casa del migrante, desde la tanatología. **Son muchas las historias-vidas que Diana Monserrat describe , desde una visión que trasciende lo profesional, son encuentros profundos (mutuales) de espiritualidad liberadores.**

No hay duda, como concluye la autora, en el caminar con migrantes, **“Dios nos ternurea”**.

“La ternura: fuente de humanización y desarticulación de la violencia” de Adela Salinas, **presenta un texto por demás**

provocador, que es fuente de discusión hoy día en los ítems de construcción de paz. Porque la autora expone su tesis sobre la atención a las violencias, “al otro lado de la acera”, hacia los victimarios. Y propone que ante la devastación (de la vida) “lo que hace falta es el abrazo sincero, consciente y luminoso de la ternura”.

Su argumentación y reflexión parte de una inteligente y sabia selección de textos con autorías mayormente latinoamericanas, que, desde experiencias contra la violencia, por la paz y defensa de los derechos humanos, en algunos, desde una inspiración de fe y de una espiritualidad, comparten experiencias de posibilidades de restauración y reconciliación ante los perpetradores de las violencias.

La ternura son pequeñas hebras de paz, o “hebras de vida que en segundos pueden dar un vuelco a las vidas más criminales”. Adela nos propone romper los paradigmas de la violencia, desde una pedagogía de la ternura que permita un desmontar la dominación patriarcal para dar lugar al urgente cuidado integral del ser humano. Pero afirma, la ternura no es fragilidad, sino fuerza, muchas veces implica desobediencia civil.

Nos desafía a ejercer la ternura en medio del caos, “entrar al ojo del huracán... sin marearse para que las fuerzas opuestas no nos traguen”.

“¿Cómo son los vínculos entre mujeres? “¿Qué tipo de historia relacional vivimos?” son las preguntas con las que Rosa Isabel Jaimes Garrido inicia su texto, “El entre mujeres signo de ternura en una sociedad hostil y violenta. Visitaciones creadoras de interdependencia que sostiene la vida”.

Desde una muy lograda integración, reflexión y paralelismo entre una lectura feminista de las mujeres en el evangelio y una propuesta feminista de redes de mujeres. En ambas, se cuidan, sostienen, acompañan. En ambas,

dos gratuidades: la presencia y ternura de la Divinidad, y la potencia política y creadora de entornos no violentos, seguros y pacíficos. Enmarca su texto desde una experiencia autobiográfica, a partir de su madre. Estas redes de mujeres nacen desde la exclusión y discriminación, contra la dominación, explotación y expropiación. Entre mujeres, la interdependencia, el cuidado mutuo y la ternura; no sin disensos, sí a la gestión de las diferencias; entre mujeres, lo cotidiano, la comida, el espacio físico, el afecto colectivo.

Rosa Isabel comprometida a la reciprocidad de dones para amar y honrar entre mujeres, nos inspira a una celebración de la autodeterminación, visibilización, reconocimiento, valorización, de ser y hacer otras familias, con gratitud y gratuidad.

“La Divinidad presente en el autocuidado” de Mónica Nereida Huerta Torres, ubica su texto desde el autocuidado de las mujeres, donde analiza una visión feminista del cuidado unido a la práctica de una espiritualidad. Un trabajo académico sororal, resultado de su inserción con mujeres de *Investigación y Acción Participativa Feminista*. Mónica plantea los temas relevantes en torno al cuidado de las mujeres, desde la economía feminista, que analiza la reproducción sexual del trabajo, y visibiliza las desigualdades y jerarquías, estereotipos de género y sexo, en el lenguaje sexista y las estructuras de poder.

El trabajo de las mujeres que no produce capital, invisibiliza e inferioriza, las sobrecargas de trabajo resultan en la salud disminuida del cuerpo de las mujeres. En su descripción de las mujeres de la IAPF, analiza cómo la religión cristiana patriarcal favorece el no cuidado de las mujeres, pues el servicio entendido como abnegación y sufrimiento, resulta en enfermedades corporales y emocionales.

Mónica propone una espiritualidad no patriarcal, que invita al gozo y al placer; que redescubre al Dios-Diosa, que cuida y que invita al autocuidado; que intenciona relecturas bíblicas que ilustran las alianzas sororales desde la fe. Todo un desafío: construir comunidades de mujeres, donde se aprende a autocuidarse y a ser cuidadas por otras.

Sofía Chipana, con su reflexión *“El cariño en la crianza mutua de la vida”*, nos adentra a la ternura como expresión natural; donde cariño y ternura conforman un mismo modo de cuidarnos y a la vez de relacionarnos con la tierra. Relación que nace también de acercarnos a la sabiduría de nuestras ancestas, ayudándonos a entender la ternura como formas de relación, el mutuo cuidado como expresión de cariño, la vida como un gran tejido, y, nosotras como un hilo. Así, la belleza de pertenecer y ser parte se vive desde la reciprocidad.

El sentido de la tierra como madre, como espacio de plenitud y vida conlleva la necesidad de cuidado cariñoso, la preocupación ante sus heridas y la búsqueda de armonía. Sabiendo que armonía y equilibrio sólo son posibles en el respeto, reconociendo que somos parte de la vida. Así, en un mismo latir, la ternura nos permite armonizar la vida, ser, pertenecer, recibir y dar; relación de amor y cuidado.

Ante estructuras de violencia y explotación es difícil la mirada de esperanza; sin embargo, Manuela Rodríguez, en su texto *“Entre la urdimbre de la paz y la ternura, en un mundo de violencia”* abre una ventana a otras formas de relación. Con una reflexión breve pero profunda, nos coloca precisamente ante la tensión del dolor que genera el sufrimiento y el amor que se abre en un corazón que es sanado. Para ello nos invita a repensar la ternura, a cuestionarnos las estructuras, estereotipos y relaciones patriarcales.

Fraternura es un término muy sugerente que Manuela nos ofrece para asumirnos hombres y mujeres en relación, en luchas comunes, en hermandad; como vivencia capaz de transformar nuestras estructuras. Expresión que lejos de una divergencia nos convoca al encuentro.

Y en este recorrido por diferentes miradas de la ternura, Madai Xihucuahtzin nos invita a transitar “El camino de la ternura” guiando nuestros pasos hacia una expresión profundamente humana y esencialmente necesaria: un abrazo. Ese abrazo que, penetrando nuestras entrañas como algo profundo de nuestra existencia, se convierte en una alternativa a la violencia. Por ello, Madai nos alerta respecto a pensar “la ternura como un jarabe para combatir la violencia” o a transitar el camino de la inmediatez, dejándonos llevar por estereotipos o fórmulas dadas que nos hacen reaccionar con hostilidad o violencia.

Por el contrario, nos recuerda que la ternura, no es una opción desconocida o ignorada, sino una forma posible de relación que se hace necesaria. Igual que es preciso transformar nuestras narrativas, acercarnos a otras formas de crianza y de encuentro que nos conecten con el cuerpo como espacio de sanación.

Y cerramos con “Lo que redimiste da vida ahora a tu pueblo” donde Lourdes López nos comparte sus vivencias, inspirada en las reflexiones de Shelly Rambo en su libro “Between Death and Life: Trauma, Divine Love and the Witness of Mary Magdalene”.

Tocar las heridas de mujeres, invita a una mirada de esperanza; una vez más hay una insistencia en que ello será posible sólo a través de tocar, sentir el dolor y dejarse mirar y abrazar por la ternura de Dios. Por ello, Lourdes desde una reflexión provocadora, nos invita a que cada una nos redescubramos en nuestro “propio Sábado

Santo”; y desde ahí seguir un itinerario que no resulta nada fácil pues **implica vacío, muerte, liminalidad, incluso no tener la certeza de que llegará la vida. Pero siendo un lugar teológico se coloca la presencia de la Ruah que desde el acompañamiento, hace posible la vida.**

Disfrutemos estas voces y miradas que invitan a ternurianos para hacer la paz.

En representación del Comité Editorial,
Karen Castillo Mayagoitia
Rebeca Montemayor López

EL ARTE DE TERNURIARNOS¹

María José Encina Muñoz²

Como mujeres vamos viviendo a lo largo de nuestra vida experiencias fundantes, pensamos que estas debieran ser fáciles, bonitas, y nos encontramos muchas veces con una experiencia difícil, no exenta del dolor. Estas vivencias que ocurren en el acontecer cotidiano, van dejando huellas, surcos se comienzan a dibujar a lo largo de nuestra piel. Son nuestros testigos, nuestros tatuajes, algunos se ven, otros los llevamos por dentro.

Así es como aparece esta dimensión profunda de la ternura, ya no como adjetivo, sino como expresión verbal, acción permanente sobre nosotras mismas que nos pone en camino para amarnos y de esta manera amar a los demás. La ternura no se vive en el campo de lo privado, pero sí en lo íntimo, en el deseo absoluto de estar con el Señor de nuestra vida, aquel que ilumina y acaricia nuestra vida y permite comprender lo que nos habita en lo profundo.

1 Neologismo utilizado por mí a lo largo de estos años, que permite comprender mejor el arte de amarnos.

2 Hermana de la comunidad Adsis, Uruguay.

En medio de esos dolores, de las preguntas y de los slogans de cumplimento, un día, sin más apareció dentro de mí, una rebeldía, un mandato mayor; “debo ternuriarme”, y lo escribo en primera persona, porque estoy convencida que sólo cuando hablamos de lo vivido en nuestros cuerpos, en nuestras vidas, se transforma en testimonio, y logra abrir horizontes entre nosotras. El signo de la primera persona nos coloca en clave sagrada, no escribo sobre lo que no sé, o sobre teorías ajenas, les narro la experiencia de amor que he atravesado a lo largo de estos años, y que nos hace hermanas.

Los últimos años de mi vida se transformaron en un descubrimiento inaudito, la vivencia de haber vivido un abuso sexual lo marcó todo, y esa experiencia latente a que todo termine referido a eso, se transformó en una amenaza, cuando me di cuenta en quien me había convertido, una mujer valiente y que en esa valentía había descubierto lo más importante, un corazón tierno... podríamos cambiar las palabras del salmo 50 y decir, “un corazón tierno tu (Dios) no lo desprecias” o como lo diría Etti Hillesum “creo que me voy haciendo fuerte de día en día... pero volverme dura jamás”.

De esta manera, después de muchas guerras internas y externas, aprendí que la vida no es una batalla y que yo no soy un soldado que debe vencerlas, así apareció por primera vez en mi vida y en mi cuerpo el verbo ternuriar. Mi cuerpo, desde la vivencia profunda de la espiritualidad encarnada, luego de vivir cohabitada en el encuentro con la soledad - que nos coloca de frente ante quienes estamos siendo-, fue que esa palabra, ese imperativo, me llamó, reclamó, gritó, a dialogar con mi cuerpo, abierto al encuentro dulce de mí misma. Que novedosa y radical se me hizo esa experiencia de soledad. Mi existencia abrazada

misteriosamente por el Dios de mi vida, en la intimidad más profunda de mi ser mujer, amante de mí misma.

Marcela Serrano, autora chilena, en su libro; “El albergue de las mujeres tristes” dice que una mujer para vivir un duelo requiere dos cosas: dormir sola y una tina caliente. (Serrano, 1997) Estos años he descubierto que quizás son más y a la vez menos, aquello que se necesita para sanar. Aprendí a prepararme una bebida que me abra los sentidos, hacerme algo para comer y disfrutar de esa cena sola, con olores y sabores diferentes. Disfruté de levantarme temprano y mirar con ojos de dulzura el día que amanece, valoré el quedarme en pijama sin hacer nada más que estar. Me permití sentarme en el suelo de la cama y llorar tanto como necesitaba, mirar hacia atrás y agradecer que lo vivido no había vuelto mi corazón en piedra, sino que tenía un corazón cada vez más de carne, (Ez 36,26). Aprendí a soñar y no hacer caso de los que te juzgan por no pensar la vida según su forma. Aprendí a vivir en comunión con los más pobres, ellos son los que me enseñaron a celebrar la mesa con lo que tenía, a reírse con ganas de lo que ocurría, ya que no se sabe cuánto durará, agradecer a Dios, porque Él lo puede todo.

Me tocó vivir este proceso de ahondamiento conmigo misma en medio de la pandemia, sin más que un metro que daba hacia la cordillera, y un árbol en lo bajo del estacionamiento. Aquella estrechez física me abrió hacia la dimensión interior, tal como si de un viaje se tratara. Me fui sumergiendo hacia lo más adentro, y al mismo momento que esto pasaba, la ternura de Dios me fue llevando hacia afuera. Por el recorrido de mi cuerpo y de mi corazón, en el tocar mis entrañas hice comunión con las mujeres del Evangelio, las que acompañaron a Jesús en los momentos de la Pasión, esas mujeres hicieron hermanas, amigas y

compañeras, sus historias se me hicieron cercanas y ya no sólo las leía en el Evangelio, salieron de esas páginas sagradas para encontrarnos en la sagrada vida, las comencé a escuchar por zoom, las veía haciendo denuncias proféticas por Instagram, tocaban a mi puerta para contarnos cosas, me cocinaban arepas, juntas aprendimos a rebelarnos ante lo que nos parecía injusto, juntas unguimos a Jesús en la vida de tantos que estaban sufriendo cerca nuestro, juntas nos dimos esperanza.

Y así llegó el día en que ya no sólo me dije debo ternuriarme, sino que debemos ternuriarnos. El amor, la contemplación del Misterio me lanzaba al encuentro con los demás, las palabras del evangelio con las que termina la anunciación se fueron grabando en mí como si fuera un nuevo tatuaje; “María se levantó y se puso en camino de prisa hacia la montaña” (Lc 1,39). Mi montaña eran los otros, las otras. Al ocupar una palabra nueva, como ternuriarme, siempre que la dije alguien me preguntó con profunda curiosidad que significaba y compartí con naturalidad la experiencia vital del amor de Dios que fija sus ojos en mí y sana todas las heridas. Que muestra los deseos más profundos y que permanece fiel día tras día. Una experiencia de Dios, atravesada por la cruz, con una profunda esperanza arraigada en la espera de la resurrección, una luz perpetua que marca el camino, un Dios que no se rinde y que lo primero que hace es amarnos. Esa experiencia, a través de esa palabra, de ese verbo conjugado se fue haciendo experiencia compartida. Etti Hillesum (1992) también da cuenta de esta vivencia, en otro contexto, en otro momento, pero el mismo Misterio; “La vida fluye en mi interior como una corriente fuerte y continua, se hace cada vez más fuerte y llena tan completamente la base

de mi ser y de mis días y de mis pensamientos, que no deseo más que seguir así”

La ternura evangélica me fue saliendo en el camino, al igual que los discípulos de Emaús, que se encontraron con Jesús en medio de su profunda incredulidad. A través de la Palabra, Jesús me hizo profundizar en aquello que pasaba por mi cuerpo y así latieron en mí, dos evangelios, el capítulo 13 de Juan y el segundo texto es del evangelio de Lucas, la viuda de Naím que «al verla el Señor, tuvo compasión de ella, y le dijo: «No llores.» (Lc 7,13)

Mientras los rezaba, fui descubriendo que en el hebreo bíblico podemos encontrar dos palabras que se encuentran muy relacionadas, la primera es “racham” - “raw-kham”, en los diccionarios bíblicos podemos encontrar distintos matices como lo son: amar, amar profundamente, amor desde lo más profundo de las entrañas del ser, tener misericordia, ser compasivo, tener tierno afecto. También dice que expresa un profundo y tierno sentimiento de compasión, y comparte la misma raíz que “matriz” que tiene relación con la compasión maternal. “Rechem” – “rekh-em” que podría ser ocupado como; vientre, seno, madre.

A partir de esta ayuda etimológica di un segundo paso, ¿qué implicaba para mí esa ternura a la que Dios me invitaba? La ternura era compromiso, era vitalidad, era fuerza. No era una ternura pasiva, producía y produce en mí una profunda transformación, es una invitación radical, vital, vivir, amar, sentir, desde las entrañas.

Mi cuerpo se unió al dolor de lo vivido y a la Esperanza viviente, las rupturas de mi vida seguían siendo las mismas, la diferencia es que ese espacio ya no estaba vacío, sino que se habían transformado en el sagrario de mi alma. Logré ver en profundidad que nuestros cuerpos, rotos, heridos, en su proceso de sanación y transformación se convierten

en Sagrarios vivos donde nuestro Señor está presente. De esta manera nuestra presencia cercana, “nos comprometemos en ese grito de la carne de Dios”.

Ese amor que nos vincula pasa por la experiencia profunda de la Gracia, esa radical entrega de hacer de nuestra vida un vínculo sagrado que nos abre a la dimensión sobrenatural de la Trinidad. Ese amor vinculante que nos transforma en fuente, es un cacharro de barro del cuál se desborda todo lo recibido, un derrame de amor que no podemos medirlo y que sólo nos toca aceptar que el amor, sólo vive de más amor. Brota como manantial de vida.

La ternura que Dios vivía conmigo abrazaba todo mi ser, Jesús pasaba frente a mí y se “compadecía” me amaba desde su seno, Dios me amaba desde ese espacio vital, existencial desde donde yo he nacido. Me devolvía lo que creía perdido e iluminaba lo que era oscuro. Ese proceso debía ser personal, íntimo, con un lenguaje propio, en el cual yo me dejaba ternuriar por Él. Transformando mi presente, y el futuro, le otorga sentido al pasado, y le muestra un horizonte, dónde lo que se va haciendo certeza en el corazón, es que sólo la eternidad queda por delante, y que ya vivimos en esa vida eterna, porque la eternidad es vivir en el Amor de Dios, y en ese amor ya nos encontramos. Todo lo que venga será derroche de Gracia.

Esa experiencia del amor nace de la experiencia de sabernos profundamente amadas, dimensionar esa certeza de Jesús y decirnos a nosotras mismas; “yo soy su hija amada” y podemos decirnos eso, porque ya antes hemos escuchado en nuestro interior “tú eres mi hija amada en quien yo me gozo” (Lc 3,22) Un gran maestro de la vida como es Henri Nowen nos dice:

“Tienes que oír que eres la hija amada de Dios. Y tienes que oírlo no solo con la cabeza, sino con las entrañas,

tienes que oírlo de forma que toda tu vida cambié radicalmente, Dice la Escritura: “Con amor eterno te amé. Tu nombre está escrito en la palma de mi mano desde la eternidad. Te modelé en lo profundo de la tierra y te entretejé en el vientre de tu madre. Te amo. Te abrazo. Tú eres mía, yo soy tuyo y tú me perteneces”. Tienes que oírlo, porque si puedes oír esta voz que te habla desde el principio de los tiempos y por toda la eternidad, entonces tu vida se convertirá cada vez más en la vida del amado, porque esto es lo que eres». (Nowen,1997)

Ese ver y compadecer, contempla sagradamente en nuestra vida la vulnerabilidad, la herida que todas y todos llevamos, que nos hace tocar, amar y comprender el dolor de la otra, del otro. Amamos porqué somos amadas, amamos porqué nuestra vulnerabilidad abraza la vulnerabilidad del otro. Esa experiencia sagrada me abrió a un segundo paso, aprender a amar y soy aprendiz, feliz aprendiz.

Estamos llamadas a amar hasta el extremo. Pero no un amor que se vive en base al sacrificio, y un sacrificio sin sentido, sino un extremo que nos saca de los lugares conocidos, aprendiendo que siempre podemos amar, más de lo que ya amamos. Amar desde Dios. Pasé años de mi vida caminando hacia una cruz sin regreso, morir era hacer sacrificio tras sacrificio, no sin sentido, siempre con una opción vital que lo iluminaba, y no reniego de esa experiencia porque fueron los pasos que me permitieron encontrar la ternura... Hoy descubro que amar hasta el extremo era mantenerse en la ternura, abrazar la limitación del otro, afianzarse en la espera, permanecer en el silencio, orar y desear lo mejor, confiando en los caminos que Dios ha preparado, amar hasta el extremo, es no renunciar al corazón amoroso de Dios que nos invita a amar. Un compromiso distinto que no pasa por el hacer, sino por el ser.

Hoy que alguien me diga que soy tierna, sintoniza en mi este camino de amor, pero, más allá del adjetivo, la importancia está en el verbo.

Ternuriarme y ternuriarnos es lo que nos lleva a amar desde el modo de Jesús que con infinita paciencia y dulzura nos abraza, nos toma y coloca en camino. Porque lo realmente importante es saberse amada y desde ese amor, abrirse a la vida amando desde Dios.

Referencias

Hillesum, E. (2011) Obras completas. P.764[Archivo PDF]

Nowen, H. (1992) Homilía del 23 de agosto de 1992; citado en Diez, A.(S/F) en <https://pastoralsj.org/creer/1295-henri-nouwen>

Serrano, M. (1997) el albergue de las mujeres tristes. [Archivo PDF]

DIOS NOS “TERNUREA” EN LA CASA MIGRANTE

Diana Montserrat Ortega Sandoval¹

Desde la experiencia con migrantes en Casa Migrante del Cerro del Cuatro, es relativamente sencillo expresar a Dios y el ejercicio de su ternura, o el hablar de la ternura misma encarnada en el Señor Jesús, a la hora en que existe la voluntad de servir a los/las migrantes, lastimados. Conozco a varios y varias voluntarias a lo largo de cinco años, donando de su tiempo para recibir, escuchar, servir un plato, acompañar legalmente, entregar ropa, ayudar en el enlace de las llamadas, y tantos otros servicios, a nuestras/os hermanas/hermanos.

Hace poco me decía una persona que las caravanas migratorias le representaban una invasión por parte de los migrantes hacia nuestro país. De ahí, del choque mental que le ocasionaba, se hacía él mismo la pregunta: ¿por qué no se quedan allá en su país? Tampoco tengo esa respuesta. Le dije que no pretendo

1 Maestra en Antropología Social, tiene una licenciatura en nutrición, y una licenciatura en Teología Espiritual, es Tanatóloga, acompañante humana y espiritual.

situarme como especialista en el fenómeno migratorio.

Él me cuestionaba de diversos modos, más que hacerlo hacia mí, lo hacía hacia el fenómeno mismo. Como el hecho de que los migrantes estén con el sueño americano y por eso dejando sus países de origen. Le dije que en muchos de los casos que he acompañado en la escucha, concretamente, no es que el sueño americano aparezca como lo más fuerte en la lista de sus motivaciones, sino que es a veces un tema de sobrevivencia. Es decir, salir huyendo, casi de un día para otro, sin saber exactamente hacia dónde se dirigen. O dirigiéndose a algún punto en específico por inercia o por seguir el ritmo de los otros que a la par están migrando.

Expresé que, después de escuchar migrantes desde hace cinco años, no puedo tener la misma perspectiva que tenía antes. Para nada me acercaré de la misma manera, no se trata de decir que el acercamiento actual sea bueno o malo, mejor o peor, lo que sí sé es que es siempre distinto.

Mirar a los migrantes ha sido un ejercicio de mi parte, en el cual alcanzo a experimentar que no sería posible sin la mirada de Dios en mí. Ha significado escuchar sus pérdidas, que van una tras otra. De un tipo y de otro. Me ha implicado el estar considerando las propias, salvando las distancias entre las pérdidas y duelos que ha tenido un hermano/a migrante y las que he tenido. Si bien no minimizo lo que han significado mis pérdidas, siento y pienso que, las que han tenido los/las migrantes, son siempre mayores.

Coloco lo que escribí, con relación a las pérdidas de mi vida, algunos meses atrás en uno de mis diarios de fe:

“Las experiencias de mi vida más llegadoras, profundas, tienen que ver forzosamente con algún dolor del corazón, de la existencia.

Mirando ahora hacia ellas, descubro ahí a un Dios del desierto, que camina, que peregrina conmigo. Todas las experiencias que he vivido, aportan a lo que para el día de hoy he construido. En todas ellas he tenido que llorar para alegrarme más adelante. O me he alegrado, en un primer momento, haciéndome llorar después. Mi vida está rodeada de pérdidas. Mucho he perdido, llevándome a ganar después”.

Ahora bien, comienzo a relatar algunas de las experiencias vividas con migrantes en El Refugio, Casa Migrante. Ubicada en el Cerro del Cuatro en Tlaquepaque. El director de esta Casa que está constituida como Asociación Civil es el pbro. Alberto Ruiz Pérez a quien agradezco la posibilidad de colaborar hace varios años y quien con su ejemplo de asumirse migrante ha logrado sacudir mi vida hacia la entrega de esta carne que sufre, de estos cuerpos lastimados que mucho me han permitido mirar mis propios sufrimientos para dejarlos redimir por el amor del Dios hecho carne.

El testimonio del p. Alberto me lleva a experimentar una parte crucial de la oración del Padre Nuestro: “Venga tu Reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo” (Mt 6, 10). Permitiéndome realizar lo que significa manifestar el Reino a través de acciones concretas, de caridad, como la acogida al migrante para así posibilitar la voluntad de Dios, es decir, su querer; que es que en la tierra haya justicia, especialmente hacia los más desfavorecidos, y que así se viva escatológicamente desde ahora lo que viviremos después de nuestra muerte corporal.

Me hace recordar aquella frase bíblica que marcó profundamente mi vida desde el año 2001, año en que tomé mis primeros Ejercicios Espirituales Ignacianos en Lomalvernía, León, Guanajuato. “Porque donde esté tu tesoro, ahí estará también tu corazón” (Mt 6, 21). Mi corazón ha tenido la

gracia de participar de la gracia de Dios, del corazón tierno del Amor, llevándome a experimentar lo esencial. Que al menos para mí es estar a todo trance, de una forma o de otra, cerca de los pobres. Es ahí en donde más de cerca he experimentado el amor tierno de un Dios enamorado de mí, tal como lo está de cada migrante que le busca desde profundo de su ser.

Recuerdo el caso de un migrante: Danilo. Casi no tenía dientes con apenas 60 añitos. Tengo presente su sonrisa en medio del dolor que descubrí. Era marzo del 2018. Mientras desayunábamos estaba contento y compartía con naturalidad. Llegué a la casa del Refugio a las 8 am, comenzando a servirles el almuerzo.

También descubrí algunos rostros como el de César. Con ellos no pude conversar pues me centré en atender a Dayanna. Ella cambió de ánimo cuando la invité a salir rumbo al centro. Pues desde que llegó a la ciudad de Guadalajara no conoció más nada que el camión en el que llegó de Playa del Carmen. Me contó la situación deplorable de Bolivia y de Cuba. Estuvimos juntas de las 11 a las 5 pm. Era un viernes.

“Este es el caso de Dayana de 40 años, cubana, que salió de su país para poder volver a ver a su hijo que ahora tiene 17 años y salió el niño de Cuba a Estados Unidos con su papá a los 8 años. De los 8 años que tenía no ha vuelto a ver a Dayana y él no puede volver a Cuba porque tiene nacionalidad americana; no puede volver porque si no de Cuba ya no sale. Ahora ella viene acá a México para poder verlo. Ella está buscando trabajo, pero en el camino ella ha sufrido una vejación de sus derechos humanos. Pasó primero por Bolivia y ahí vivió un abuso sexual por 5 hombres. Quedó con la matriz destrozada y está en recuperación. Su corazón está roto”. Bitácoras personales de acercamiento,

Aún recuerdo bien a esta hermosa mujer (físicamente era atractiva), cómo estuvimos cerca la una de la otra. Sé que ha sido un regalo para toda mi vida. La ha ido marcando. Es increíble, me conmueve, el aún poder recordarla. Con otras personas no siempre lo logro. **Dayana me ha dicho: “Si no te haces como piedra no sales adelante”.**

Entre otras cosas me dijo: “El pasado es una referencia, no es un lugar de permanencia”. Está luchando para salir adelante y este es quizá el caso que más me ha conmovido, la lucha de una mujer migrante que hace todo por volver a ver a su hijo, que se cae y se vuelve a levantar cuantas veces sea necesario.

He tratado de acercarme, así como hacen los/as demás voluntarios/as, con ternura. Este es el modo del Dios de la compasión que descubrimos especialmente en evangelio de Marcos. Desbordadamente ahí encontramos el modo de proceder del Señor Jesús que es justamente el de la compasión.

Si consultamos el Magisterio de la Iglesia, encontramos específicamente en el documento de Aparecida, que entre las diversas tareas de la Iglesia a favor de los migrantes, está indudablemente la denuncia profética (Aparecida, 2007, No. 411-416) de los atropellos que sufren frecuentemente como también el esfuerzo por incidir, junto a los organismos de la sociedad civil, en los gobiernos de los países, para lograr una política migratoria que tenga en cuenta los derechos de las personas en movilidad. Debe tener presente también a los desplazados por causa de la violencia.

En Aparecida subrayan que la Iglesia tiene que estar acompañando especialmente en los países en los cuales su población va teniendo que migrar. Y que, en los países azotados por la violencia, se requiere la acción pastoral

para acompañar a las víctimas y brindarles acogida y capacitarlos para que puedan vivir de su trabajo. Asimismo, deberá ahondar su esfuerzo pastoral y teológico para promover una ciudadanía universal en la que no hay distinción de personas.

Respecto al tema migratorio, no sé si se trata de una invasión, aunque pueda tener mis posturas personales, sé que no soy politóloga, ni abogada, tampoco soy una defensora de los derechos humanos, aunque busco luchar por ellos en los espacios en los que me muevo. No puedo aseverar que nos han invadido, lo que sí me queda claro es que los migrantes se han tenido que mover de su país por temas de sobrevivencia, no por gusto personal. Al menos esto lo he visto y oído, sino en la mayoría de los casos, en un buen porcentaje de las/los migrantes.

Quiero compartir sobre lo que escribí en mi bitácora, en relación con algunos de los acompañamientos en la Casa del Migrante Cerro del Cuatro.

Cuando releo estos testimonios, así como los acompañamientos que he podido brindar, redescubro la ternura de Dios ¿de dónde habríamos los/las voluntarias, incluida yo, de sacar el cariño que se necesita para acercarse a los migrantes sin repudio y sin que los prejuicios, dicho de otro modo, para subrayar lo que quiero decir, sin que los juicios a *priori* me impidan el acercamiento? Cuando me quedo sin respuestas frente a la pregunta, es ahí donde descubro la ternura de Dios. No solo por las/los migrantes, sino también, por quienes les acompañamos.

A continuación, narrativas de los acompañamientos que el amor de Dios me ha permitido brindar. Se sitúan en la Casa Migrante en el año 2018, que corresponde al año en el que más hice registros escritos de entre los cinco años que llevo de servicio ahí (2017-2022).

Viernes 23 de febrero.

De mis bitácoras de acercamientos a partir de la tanatología.

Nos sentamos juntos aproximadamente de las 9 am hasta las 2 pm del mismo día. Afuera del comedor. De manera informal, en unas sillitas y baldes o cubetas. En torno a una mesa simple.

Los rostros migrantes de Edwin, Esdras, Marvin, Hanibal, de todos estos migrantes, realmente penetran el corazón y lo humanizan. Hacen relativizar todo lo que se vive, particularmente las dificultades cotidianas.

Uno de los dos Fredys me mostró los dedos más que amoratados, las uñas coaguladas de sangre casi negras, las plantas de los pies llagados, curtidas de tanto caminar. Quería mis tenis, no pude dejárselos. Anhela unos tenis cómodos para caminar, Dejó dos niñas en Honduras y se puso en camino para conseguirles algo.

Lo mismo el caso se Esdras quien es papá de dos chiquitos. Dice que lo más duro que te puede pasar es andar de migrante y enfermo. Me ha dicho que es más duro, dijo que lo más duro es despegarse de la familia.

Qué mirada la de Efrén, que tristeza se le ve y a la vez, esperanza. Espera volver en 4 años a su país. Lleva 22 días fuera, me ha dicho que lo más duro es despegarse de la familia. Tiene 2 niños. Va rumbo a California.

El caso de Nelvin. Dijo que es muy duro estar en México y caer preso o enfermo en un hospital. No llega ni a los 55 años. En un accidente, estando como refugiado en México, se cayó de un árbol. Se fracturó el fémur y se lastimó los brazos. No le pagaron nada.

Me ha dicho que no comió sólido durante 7 días, más que líquidos, con tal de que no tuvieran que “limpiarlo” pues no había quién lo hiciera en el hospital. Quiere ver

a su abuelita con vida; ella tiene 84 años. Quiere volver a su país. Él quiere reencontrarse con hijo de 14 años que no ve desde el 2013. Su mamá murió mientras él andaba migrando. No pudo estar en el funeral ni despedirla. Quiere tener un zapato cómodo, volver a su país, caminando como antes.

El caso de Esdras. Recuerdo que me dijo que es muy duro recorrer los caminos de migrante sin comer lo que el estómago pide. Estuvo a casi 39 grados de temperatura. A punto de convulsionar. Un día enfermo caminando en la ciudad de México, y otro, en la Bestia. “Qué cosa más dura”, me dijo.

Edwin dijo que había que imaginar que no se tenía hambre. Los demás le dijeron: “Eso no se puede negar, no podemos negar que tenemos hambre cuando las tripas -lo dijeron en términos de Centroamérica, que no recuerdo- duelen, se mueven y tienen hambre”.

Este es el rostro del migrante, me parte el corazón no volverles a ver. Unos me dijeron: “Si no te volvemos a ver es que nos ha ido bien y que hemos podido cruzar el camino”. Efrén y Manuel fueron los que cooperaban más en las tareas de la casa del migrante. Platicando con ellos me contaron que ambos estuvieron en grupos parroquiales, que les llenaban el corazón. También tuvieron que salir de su país para atender sus necesidades económicas. Extrañan sus actividades de grupo. Se les notaba en su actitud, el ser cristianos.

Esdras, Hanibal, Neftalí, Delfino, Edwin, Manuel, Los Freddy, Efrén. Que Dios bendiga el camino de todos estos migrantes que tienen hambre, que tienen el corazón partido. Algunos me han dicho: “Si no te volvemos a ver, será señal que pudimos cruzar”.

Todos han perdido muchas cosas, los pies, manos, la salud, la familia, el dinero, etc. Más no han perdido las

esperanzas. Se encomiendan a los santos, a María, a la santa muerte. Se apoyan en lo que pueden. Me conmueven pues todos de encomiendan a Dios y dicen que Él va por delante. Siguen creyendo en Dios en estas circunstancias adversas, y recuerdan lo que en su familia les enseñaron: Padre Nuestro, Ave María. Narran que cuando la están pasando más mal, vuelven a esas oraciones. También a la del ángel de la guarda.

También han perdido el estado sano del pie, y tienen un pie lacerado. Los casos de las mujeres son mucho más violentos de lo que ellos pasan. No hubo ninguna para charlar. Ellos me contaron que abusan de ellas los policías, los de migración. Ellas toman anticonceptivos antes de salir de su país, asumiendo lo que les va a pasar. No puedo creer tal grado de vejación a los derechos humanos.

Pues que el Señor Jesús bendiga a estos y a todos los migrantes. Que a nosotros nos vuelva el corazón más humano.

Mi intervención fue: escucharlos y hacer grupos de compartir o círculo mágico. La pregunta que les lancé fue: *¿Cuál ha sido el día más feliz de tu vida?* Cada uno compartía de lo suyo, aunque algunos se extendían más que otros. Trataba de modular el tiempo de tal modo que todos compartieran. A todos se les rebosaban los ojos de lágrimas.

Procuré escucharlos también con la mirada, con los pies y brazos sin cruzar. Y tomando contacto con mi respiración. Sin juzgar, sin asustarme por lo que escuchaba. Sobre todo, cuando en sus historias me contaron que cayeron presos, en algunos de los casos, me narraron el mal comedido. Otros fueron presos injustamente. Entablé un clima de confianza desde el momento en que les repartí el desayuno en el comedor desde las 8 am. De ahí fue más sencillo

comenzar a dialogar con ellos al terminar el horario de desayunar.

Casi todos respondieron algo que tenía que ver con el nacimiento de sus hijos, o cuando volvieron a encontrar a sus familias porque fueron deportados. Más adelante se ponían de nuevo en camino cual migrantes.

Existen muchas narrativas recogidas sobre las vivencias compartidas con migrantes en la Casa Migrante, ahí donde la advocación mariana del “Refugio”, también me ha llevado a experimentar acompañada, resguardada por un manto tierno de maternidad por parte de la Madre de Dios y madre nuestra. Hacia ella he llevado a mujeres migrantes para que desahoguen su dolor. A veces lo han hecho a grito abierto, otras veces llorando y otras tantas, en silencio. Mirando el ícono de la Virgen abrazando a su pequeño Hijo. Esta mirada les ha pacificado, al menos un poco. Lo mismo que lo ha hecho conmigo. A la fecha contemplo el rostro de la Madre y me sereno.

El sacerdote Alberto, alguna vez me regaló la misma imagen que está a la entrada del Refugio. Me he llevado a la Virgen a mi Casa. Padre Alberto, director de la A.C., me ha permitido el acercamiento a los/as migrantes desde el primer momento en que subí el cerro del Cuatro con la esperanza de que ahí nos estaban esperando en aquél entonces a Justo Emanuel, a Juan Callejas y a mí.

Justo y Juan fueron quienes me invitaron a Casa Migrante. Ciertamente que el haber llegado ahí en el 2017 es uno de los acontecimientos en los cuales siempre podré descubrir la ternura de Dios por mí y la ternura que ha puesto en mí corazón hacia esta obra humanitaria.

Con todo lo que ya he compartido puedo expresar que este artículo corresponde a una quinta Andanza, misma que no he danzado ni andado sola. Existen otros y otras,

que están involucrados e involucradas. El p. Alberto, los jesuitas con quienes llegué por primera vez a la Casa Refugio, los y las migrantes. Con todo esto puedo decir que esta quinta andanza deja ver con toda su fuerza la ternura que tiene Dios en los cuerpos heridos. El mío, el de ellas y ellos. Todos y todas llevamos heridas pendientes por cicatrizar. Ahí en la herida, Dios nos acoge y nos ternurea.

Referencias

Biblia de Jerusalén (2016) Bilbao: Descleé Brouwner.

Diarios de fe y bitácoras de acompañamiento (2017-2022).
Diana Montserrat Ortega Sandoval. Elaboraciones propias.

CELAM, *Documento de Aparecida* (2007). V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (documento conclusivo). -No. 411 a 416-. Disponible en: <https://www.celam.org/aparecida/Espanol.pdf>

LA TERNURA: FUENTE DE HUMANIZACIÓN Y DESARTICULACIÓN DE LA VIOLENCIA

Adela Salinas¹

“¿Conocéis esa sensación atroz de fundirse, de perder todo vigor para fluir como un arroyo, de sentir que nuestro ser se anula en una extraña licuación como si se hallase vacío de toda sustancia?”, se pregunta Ciorán (1990) ante el desmoronamiento de la soledad. Y opta por el olvido. “Me gustaría poder olvidarlo todo, olvidarme a mí mismo y olvidar el mundo entero. Las verdaderas confesiones se escriben con lágrimas únicamente” (p. 88).

Ante esa devastación —cualquiera que sea la circunstancia—, lo que hace falta es el abrazo sincero, consciente y luminoso de la ternura.

La ternura lleva el abrazo implícito del amor incondicional y esto hace que se produzca esa relajación que da el encuentro profundo, que es lo que toda persona, por

1 Adela Salinas. Escritora y periodista de paz. Autora de siete libros. El más reciente, *Miradas de paz. En el ojo de la sociedad* (Ibero, 2022). Coordina conversatorios sobre temas de justicia social, medio ambiente y paz. Socia de Centro Liquidámba, A.C. donde articula alianzas y redes de solidaridad.

más ruda que sea, busca para dar un sentido a la vida. Los más grandes criminales pueden cambiar todas sus lealtades hacia la persona que expresó ternura por ellos, dijo en entrevista Carlos Cruz (Salinas, 2021), porque todo ser humano está siempre en busca del amor.

Juan Gutiérrez (2018), con su experiencia en temas de violencia y terrorismo, lo describe en *Reclamar la paz*: “La paz no se puede encontrar solo en situaciones o gestos extremos, sino que vive inmersa en la normalidad de la vida cotidiana” (p. 7) y también lo explica a través de los pequeños actos cotidianos, muchas veces imperceptibles, pero que transforman o salvan la vida de una persona y que él llama: “hebras de paz viva”. Son, justamente esas hebras de ternura que pueden dar un vuelco a la vida de alguien en cuestión de segundos.

En *El reflejo de lo oscuro* (1997), Javier Sicilia, habla de la conversión de Jacques Fesch, un hombre que por matar a un policía fue condenado a la horca en Francia en 1957, pero un abogado con sentido de justicia, y un sacerdote con fe, llevaron “el mal del criminal de su parte impura a su parte pura, inocente, es decir, su conciencia, para transformarlo en sufrimiento purificador, en sufrimiento de vida” (p. 45) y, en efecto, ese reflejo luminoso lo liberó de la oscuridad.

Y es que la energía de la oscuridad es tan lenta y densa que cae como una baldosa en las vidas violentadas, mientras que la de la luz parece fugaz por veloz y ligera, y se siente apenas como una estela, pero deja una huella que, de tan sutil, resulta indestructible en lo más profundo de lo que somos y tenemos. Es esa luz que hay que rescatar a través la ternura.

El proceso de Fesch resultó emblemático y ha sido representado en obras de teatro en la cárcel, dirigidas por Arturo Morel, en las que participan personas privadas de

la libertad y han tenido resultados sorprendentes porque, además de la transformación que viven mientras interpretan al personaje, el hecho mismo de que las autoridades de las penitenciarías hayan pensado en algo que pudiera ayudarles a salir de su pesadilla y resignificar su vida, les da una profunda sensación de estar al cuidado de alguien con autoridad moral. En eso consiste la ternura.

Laura Cano, Directora Ejecutiva de la Cofraternidad Carcelaria en México (comunicación personal, 2 de septiembre de 2022) toma varias frases de los centros de reinserción social APAC (Asociación para Proteger y Asistir a los Convictos) en Brasil. La primera de ellas es “Nadie es irrecuperable” porque el proceso restaurativo consiste en hacer que cada quien encuentre; dentro de sí, su propia valía. Así, en esos centros no hay policías y los internos tienen llaves para entrar y salir libremente. Ella dice:

A la entrada hay una frase de impacto: “Aquí entra el hombre, el criminal queda afuera” y, dentro hay otra: “Del amor nadie se fuga”. Esta última surge de la historia de un juez que puso a prueba la metodología de APAC, al enviar a uno de sus centros a un preso que tenía un largo historial de fugas en las prisiones comunes. Cuando el juez regresó al centro para ver la condición del recuperando (así se les llama ahí a las personas privadas de la libertad), se dio cuenta que seguía ahí y sin vigilancia. Le preguntó qué había sucedido y el recuperando respondió: “del amor nadie se fuga”.

Con ello, se deduce que el sistema educativo basado en el castigo ha sido la máxima fuente de violencia y que se debe transformar el paradigma de la educación. En la *Pedagogía de la ternura*, Lidia Turner Martí y Balbina Pita Céspedes (s/f) se preguntan ¿Sabe usted cuánto vale una auténtica sonrisa? y explican que el recuerdo de la sonrisa de un niño

o un anciano, que son auténticas, ayuda a que la experiencia de ternura se manifieste.

Esa misma ternura que brindan los padres a sus hijos — fina sensibilidad que acompaña a su amor— cuando los alimentan, los educan y les enseñan a vivir dignamente. La que ofrece el maestro hacia el ser humano, que hace pensar en la concepción que tiene de sus alumnos como seres que piensan, sienten y actúan. La que acompaña la formación de cada niño y joven para que se abra paso en la vida y él mismo logre alcanzar el lugar que le corresponde en la sociedad. (p. 11)

Nada como percibir la auténtica sonrisa y cuidado de alguien cercano para regresar a la superficie y tomar el gran respiro de la vida misma después de haber tocado fondo. Durante la conferencia “Desafíos de la crisis civilizatoria en el contexto nacional e internacional actual, a 50 años de la Conferencia de Medellín (1968), en el Museo Archivo de la Fotografía (2017), Leonardo Boff dijo:

Si el proyecto de la modernidad era el poder como dominación, yo creo la alternativa a esto es el cuidado. Nosotros somos hijos e hijas del cuidado, es la esencia de lo humano, todo lo que amamos, cuidamos; todo lo que cuidamos, amamos. El cuidado es una relación amorosa con la realidad, es la mano extendida para la caricia esencial. (párr. 7)

Luis Carlos Restrepo (2010), lo dice de esta manera: “Llenar la vida cotidiana de ternura exige una inversión sensorial que va desde la más cercana vivencia perceptual hasta la desarticulación de complejos códigos que nos señalan corredores ya establecidos de semantización del mundo.” (p. 51)

El discurso de la ternura no combina palabras persuasivas o convincentes; es convincente porque el ritmo y la cadencia se advierten en la atención plena, en la escucha activa y también en las posibles palabras que salen de lo más hondo y por ello son verdaderas; en los ojos que ven más allá de lo aparente y se funden —sin condiciones—, en el brillo de quien sufre. Porque en la ternura se reconoce la propia vulnerabilidad que, a la vez, es fuente de compasión y también de acción.

Existe ternura en quien se detiene en los ojos de la gente o de los animales para contemplar su necesidad y gritarla al mundo, como pasa con la extraordinaria y estéticamente devastadora fotografía de la activista (artista y activista) Elideth Fernández (Fernández y Gargallo, 2018), autora de *Revocar el silencio*, libro que muestra el momento cumbre de dolor físico y emocional de los animales, cuando son torturados y, ante ese duro golpe de realidad puesto tan a la vista, nace la urgencia de actuar en consecuencia; también está la ternura cuando se riega una planta para que no se marchite; está en la observación minuciosa de la magnificencia de la naturaleza y en el cuidado de no lastimarla. Boff (2015) insiste: “Si no organizamos los procesos con cuidado, estos no garantizan la sustentabilidad. El cuidado también funda un paradigma de relación con la naturaleza, con las personas y con todas las cosas” (p. 92).

Quienes trabajan para la transformación de los conflictos y las violencias más grandes, son insuperables e inagotables fuentes de ternura; son como esos coloridos y latentes fractales que circulan, imperceptibles e invisibles, dentro de las células, pero en este caso lo hacen en medio de los bandos, detectando y eliminando todos los obstáculos, limitaciones y carencias para devolver a los actores sociales o víctimas, el aliento y la esperanza.

La ternura: fuente de humanización y desarticulación de la violencia

La suavidad y delicadeza de la ternura es la proyección íntegra, auténtica y consciente de una persona que está al cuidado de otra o de otras. A veces, hasta un regaño puede ser una expresión de ternura. Un grito consciente, cuyo efecto es la apertura del corazón en quien grita como en quien recibe el grito, rompe el anquilosamiento, la necesidad, el apego por todo lo que no vale la pena conservar y que, al contrario, ha impedido ver y escuchar; aquello tan solidificado que se tiene que partir para que emerja la verdad del alma y desde ahí surja la reconciliación. Y fortalece. Duele, pero fortalece. Decir la verdad, por cruda que sea (aunque con cuidado), es una gran muestra de ternura porque no hay más experiencia de protección y de acompañamiento que la confianza.

Bajo esta óptica, decirle “tierna” a una persona, no es debilitarla, sino reconocer en ella una fuerza tan grande que no necesita más que su presencia física para que se desarticulen las violencias. Es una presencia que observa a detalle, las posibilidades y el potencial de trascendencia a través del reencuentro.

Así como las divisiones más grandes de la humanidad han sido producidas por las violencias invisibles y sutiles, engañosas, manipuladoras, extractivas y debilitadoras, el grado de amor —que es unidad— va directamente proporcional a la ternura recibida. Una verdad manifiesta con ternura, busca la forma de construir, cultivar e incluir, lo cual resulta ser un arropo que, por sí mismo, es paz.

Dolores González Saravia ha dicho en las clases de la Escuela de Paz de Serapaz (Servicios y Asesoría para la Paz) que la buena comunicación empieza por la validación de todo argumento —aunque no se esté de acuerdo—, pues cada quien manifiesta su verdad y hay que respetarla. El principio de no juicio también es ternura, por el grado de

apertura y receptividad a la diversidad de ideas y manifestaciones que ello implica.

La ternura expresa que alguien, en su totalidad, observa, con atención, la existencia de alguien más y, con ello, se desactivan, de forma natural, los mecanismos de defensa de quien la recibe. Y es ahí donde se teje, de nuevo, aquel potencial de vida que se desactivó cuando recibió gritos y golpes físicos y emocionales, producidos por la inconsciencia, neurosis y dominio de quien también recibió gritos y golpes físicos y emocionales por parte de la familia, la escuela, la religión, y por cualquier autoridad de tantas generaciones anteriores, que, producto de la hegemonía, oligarquía y patriarcado, se encargó de hacer trizas la autoestima, en cadena, de toda su descendencia. Turner y Céspedes (s/f) inician su libro con una frase de José Martí: “Siendo tiernos, elaboramos la ternura que hemos de gozar nosotros” (p. 4).

La recuperación de la dignidad, incluso, implica ternura y, en términos sociales, desobediencia. Pietro Ameglio (Salinas, 2022), dice que quien trabaja en temas de paz debe “ser capaz de enfrentar a la autoridad y desobedecer toda orden inhumana, pues vivimos de acuerdo con un orden social que nos ha construido en la obediencia acrítica a la autoridad” (p. 261). Sicilia (1997), lo describe de esta manera:

¿Qué sucede después?, se preguntaba Baudet, llega la justicia que busca restablecer el orden, pero la justicia, ese noble aparato al que había servido y continuaba sirviendo, a fuerza de estar durante siglos en contacto con malhechores que no han pasado por una verdadera purificación, al estar compuesto por hombres que viven en un mundo en desequilibrio, se encuentra tan contaminado por el crimen que sus sentencias, la dureza de sus sentencias, lejos

La ternura: fuente de humanización y desarticulación de la violencia

de restablecer el orden, transfieren su mal al condenado, un mal peor que aquel que el condenado transfirió a sus víctimas. Porque, mientras los criminales actúan en la oscuridad de su extravío, en la devastación de su alma, el aparato de justicia aplica el mal con saña y la impiedad de una buena conciencia que, incapaz de contemplar su propia miseria, cree hacer el bien. (pp. 44-45).

Ejercer la ternura en medio del caos exige entrar al ojo del huracán y ver el movimiento desde el centro y sin marearse, pues basta con la más leve distracción para que esas vertiginosas fuerzas opuestas nos traguen, así que “del aparente brillo de la vida y la trastienda mísera”, como diría Rosa Montero (2022), cuando habla de la locura, entraría la ternura, desde su lugar fortalecido, a integrar esos mundos aparentemente distintos.

En su encíclica *Fratelli Tutti*, (no.188), el Papa Francisco (2020) dice: “Los políticos están llamados a ‘preocuparse de la fragilidad de los pueblos y de las personas. Cuidar la fragilidad quiere decir fuerza y ternura, lucha y fecundidad en medio de un modelo funcionalista y privatista que conduce inexorablemente a la ‘cultura del descarte’” (p. 50).

Habrà que observar, entonces, la manera de resignificar el término, pues ya lo dice Restrepo (s/f), “El llamado a la ternura no tiene por qué confundirse con el facilismo y la melosería” (p. 85), de la cual han hecho gala, justamente, los modelos funcionalistas que, en su afán de dominio y manipulación, han hecho creer que la ternura es sinónimo de fragilidad. Ante eso y para entender cómo opera la ternura en su verdadera dimensión, pone de ejemplo al gato.

Doméstico, pero a la vez salvaje, el gato es un animal que no obstante su disposición al arrunche, no se deja maltratar. Si le

ofrecemos caricias, allí estará restregándose contra nuestro cuerpo, recibiendo y ofreciendo calor. Pero si lo maltratamos, sacará sus uñas, y si insistimos en hacerle daño, marchará por los tejados hasta perderse. Jamás se ha escuchado de un gato sorprendido en el acto de planear el asesinato de su amo. No. La eliminación del otro es incompatible con la ternura. (p. 85)

En el acompañamiento a la muerte, no obstante, no sólo es compatible, sino indispensable. José Carlos Bermejo (2016), por ejemplo, recuerda que Elisabeth Kübler-Ross, madre de la tanatología, afirmaba que los enfermos terminales —máxima expresión de fragilidad humana— no recuerdan los momentos de triunfo o de éxito, sino las experiencias de ternura, de encuentros profundos y momentos de intimidad que se quedan grabados en la memoria.

Gran ejemplo de ello se ve a través de la labor que hace la psicóloga Bernadette González Orta (comunicación personal, 11 de septiembre de 2022), Directora de Córímaz, A.C., organización que se ocupa en devolver la memoria y el sentido de vida a las personas mayores con demencia por medio de la música de sus tiempos y del acompañamiento fundamentado en el cuidado y el amor incondicional. La música —lo ha dicho ella misma— es el vehículo de la memoria que desvanece las culpas, los odios, las tristezas y los desencuentros, y recupera el placer y la felicidad de vivir. Cuando una persona siente que su vida tuvo sentido, puede morir en paz.

Ante la muerte, la ternura del cuidado y el cuidado de la ternura es esencial y, para que opere, se debe reconocer que ésta es la fuente de toda reconciliación. Con esto, podemos deducir que quien le debe a la vida porque debe vidas, se estrella con el fracaso de la suya propia en el mismo momento en el que muere y que sólo la persona

que se reconcilia con su mundo y con su vida, puede morir en paz porque se lleva su experiencia de amor —dada y recibida con ternura—, y también la deja, como huella indeleble, en la memoria que se tenga de ella.

Referencias

Bermejo, J.C. (2016). La revolución de la ternura. *José Carlos Bermejo*.

<https://www.josecarlosbermejo.es/la-revolucion-de-la-ternura-2/>.

Boff, L. (2015). *La gran transformación*. Ediciones Dabar.

Damián Miravete, G. (Agosto 8, 2022). Contra el patriarcado editorial: otras formas de escribir y leer. *Gatopardo*. <https://gatopardo.com/arte-y-cultura/libros/cristina-rivera-garza/>.

Ciorán, E.M. (1999). *En las cimas de la desesperación*. Tusquets.

Del Estal, N. (Julio 30, 2021). Sobrevivir. *El día de Zamora*. <https://eldiadezamora.es/art/37604/sobrevivir>.

Fernández, E. Y Gargallo, F. (2018). *Revocar el silencio*. Artes de México.

Flores, A. (Diciembre 8, 2021). Dar lugar a la ternura en medio de la crueldad, placer al escribir. *Gurnah, La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/2021/12/08/cultura/a03n1cul>.

Gutiérrez, J. (Febrero 6, 2018). Reclamar la paz. *Asociación Hebras de Paz*. <https://hebrasdepaz.org/2018/02/reclamar-la-paz/>.

La Santa Sede. Carta Encíclica Fratelli Tutti del Santo Padre Francisco sobre la Fraternidad y la Amistad Social. *Dicastero per la Comunicazione-Librería Editrice Vaticana*. https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20201003_enciclica-fratelli-tutti.html.

Montero, R. (2022). *El peligro de estar cuerda*. Seix Barral.

Restrepo, L.C. (2010), *Derecho a la ternura*. Virtual Box

Salinas, A. (2021). *Constructores de paz en México. Perspectivas, procesos y acciones que desarticulan la violencia*. Universidad Iberoamericana.

Salinas, A. (2022). *Miradas de paz. En el ojo de la sociedad*. Universidad Iberoamericana.

Secretaría de Cultura. (Octubre 7, 2017). El filósofo Leonardo Boff comparte su pensamiento en el Museo Archivo de la Fotografía. *Segob*. <https://www.cultura.cdmx.gob.mx/comunicacion/nota/0795-17>.

Sicilia, J. (1997). *El reflejo de lo oscuro*. FCE.

EL ENTRE MUJERES SIGNO DE TERNURA EN UNA REALIDAD HOSTIL Y VIOLENTA. VISITACIONES CREADORAS DE INTERDEPENDENCIA QUE SOSTIENE LA VIDA

Rosa Isabel Jaimes Garrido¹

*Por aquellos días, María se puso en camino y
fue de prisa a la montaña, a una ciudad de Judá.
Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel.
Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre.
Pero ¿cómo es posible que la madre de mi Señor
venga a visitarme?
María estuvo con Isabel unos tres meses;
después regresó a su casa. Lc 1 39-40, 41-43 y 56*

1 Reflexiona y escribe acerca de las Teorías, Pedagogías y Teología Feministas y del Pensamiento intelectual de las mujeres. Docente en la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEMex). Doctora en Ciencias Sociales, Maestra en Estudios para la Paz y el Desarrollo y Comunicóloga por la misma universidad. Colaboradora en Tlalyaocihuah A.C. Investigadora Cátedra COMECYT-El Colegio Mexiquense A. C.

¿Cómo son los vínculos entre mujeres? ¿Qué tipo de historia relacional vivimos? Si buscamos sobre ese tema en la escritura una de las relaciones **sobre el cuidado y acompañamiento desde la ternura y la compasión aparece en el Evangelio de la visitación, donde María e Isabel se apoyaron mutuamente durante su embarazo,** esto no solo se trató del cuidado mutuo a sus cuerpos gestantes, a su materialidad, **sino del abrazo al corazón,** al alma, debido a sus circunstancias. Por una parte, Isabel discriminada y sintiéndose vacía **por no poder tener hijos,** en un contexto en el que la fertilidad de **la mujer dictaba si servía o no servía** y; por otra parte, María quedando embarazada sin aún ser desposada por José, temerosa del repudio en un contexto en el que el adulterio o los **y las hijas fuera del matrimonio excluían a la mujer de la sociedad.** No obstante, ambas engarzando sus vidas “en esa cadena de mujeres, cuya carencia y vacío serán visitados y posibilitados por Dios” (López, Mariola, 2011: 32)

En el AT vemos a la mujer como un ser humano devaluado que pertenece a su padre y luego a su marido, que no recibe instrucción y cuya principal misión consiste en parir hijos y cuidar del hogar. Estaba equiparada a los miembros más marginados de la época: páganos, ignorantes, niños y esclavos. (Aleixandre, Dolores, 1997: 178)

Si bien, la lectura femenina y feminista de la biblia ha permitido visibilizar a las mujeres que abonaron al proyecto de Dios, también al buscarlas nos damos cuenta de que aparecen, la mayoría de las veces, entre mujeres, por ejemplo, Marta y María en el banquete que le brindan a Jesús (Lc 10 38-42), o el grupo de mujeres que acompañan a María cuando muere en la cruz (Lc 23 27-29), o cuando van

juntas a buscarle al sepulcro (Lc 23 55-56). Este andar juntas nos dice mucho sobre cómo sostenían sus vidas, cómo las tejían, cómo no andaban solas.

Y de este caminar acompañadas, del *entre mujeres*, es que quiero compartir la experiencia de mujeres que se cuidan, se sostienen y se contienen en ese andar ya sea como amigas o como conocidas, más cercanas o lejanas en una realidad hostil y violenta sobre todo cuando deciden salirse de la norma. Con ello, visibilizar en este *entre mujeres*, por un lado, la presencia y ternura de la Divinidad y, por otro, la potencia política y creadora de entornos no violentos, seguros, pacíficos (no por ello exento de conflictos y tensiones), esto es posible porque no están construidas sobre las formas patriarcales cuyo eje organizador es la violencia misma. Haciéndome acompañar de autoras como Dolores Aleixandre, Mariola López, Lia Cigarini y de Raquel Gutiérrez, así como de algunos pasajes del Evangelio de Lucas es que bordaré las siguientes palabras.

El reflexionar acerca de la relación entre mujeres inicia con la experiencia de mi madre: mujer, trabajadora, madre de crianza autónoma y abuela. Mi madre, como muchas mujeres que crían de manera solitaria ante el abandono de la pareja, padeció la discriminación, el desprecio, el señalamiento social y, hasta la exclusión familiar por cierta parte de quienes en ese momento consideraba su familia. Mirando hacia atrás hoy entiendo que esta exclusión, se debió a que de manera (consciente o inconsciente) no quiso tomar esa vida tradicional y no tanto por de ser madre fuera del matrimonio y, optar por su libertad tuvo un costo, pero también recibió dones: las mujeres con las que formó una red.

Recuerdo mi infancia con poca o nula convivencia familiar, ya fuera por la distancia física o emocional. Sin embargo,

tengo muy presente la red de mujeres que mi madre fue tejiendo ante el abandono. Sus amigas, sus hermanas por elección, algunas más cercanas que otras, a quienes considero mis tías, han estado ahí desde que mi mente hace memoria cobijándose, en palabras de Mariola López “con pequeños gestos de cariño” como son: el cuidado, la compañía, la ayuda mutua, la convivencia, la escucha paciente, la confianza.

Las mujeres que han acompañado y a las que ha acompañado mi madre poco tienen que ver entre sí, son diferentes y diversas, pero comparten que son mujeres en un mundo que las violenta por la más mínima trasgresión a la heteronorma patriarcal y capitalista que ha pretendido separarlas a través de distintas mediaciones, por ejemplo, a) la **dominación** que se expresa en las jerarquías asentadas en las desigualdades sexuales, genéricas que no solo nos separa a las mujeres entre nosotras, sino también de lo que paren sean hijas e hijos o proyectos, esto se enlaza con b) la **explotación** en la que se fetichiza la propuesta del servicio que hizo Jesús, convirtiendo a las mujeres en un ser para otros, que sirve a deseos ajenos y que, además, la mayoría de las veces no es retribuido ni remunerado, es decir, reconocido; y c) la **expropiación** que nos ha despojado a las mujeres tanto de nuestra potencia creativa y de nuestras creaciones como de los medios de subsistencia. (Gutiérrez, Raquel, et al, 2018)

Todo esto genera relaciones de dependencia material y emocional hacia los varones, inhibe la disposición de nosotras mismas y nos impide distinguir los deseos propios de los de los demás. Así es que revalorizar la relación que implica el entre mujeres “supone una revalorización de la relación con una misma, y del sentido de ser mujer, y, por tanto, una revitalización de la potencia política de tales

relaciones en medio de la trenza de la dominación-explotación-expropiación”. (Méndez, Elia y Gutiérrez Raquel, 2018: 9)

Ante tales múltiples despojos en común que padecieron mi madre y sus amigas encontrándose en la misma situación de carencia, de discriminación, de exclusión, y experimentada de distinta forma fueron construyendo una red que les permitió asentarse en una relación horizontal a la cual cada una aportaba a partir de su ser distinta como las mismas Marta y María en el pasaje de la Visitación de Jesús.

Lc 10 38-42: Visita de Jesús a Marta y María. Mientras iban caminando, Jesús entró en un pueblo, y una mujer, llamada Marta, lo recibió en su casa. Tenía Marta una hermana llamada María que, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra. Marta, en cambio estaba atareada con todo el servicio de la casa; así que se acercó a Jesús y le dijo: -Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola para servir? Dile que me ayude. Pero el Señor le contestó: -Marta, Marta andas inquieta y preocupada por muchas cosas, cuando en realidad una sola es necesaria, María ha elegido la mejor parte y nadie se la quitará.

Este pasaje en el evangelio de Lucas pone de manifiesto que las relaciones entre mujeres no son ideales, presenta desacuerdos, diferencias, en las formas de proceder, lo importante aquí es la forma de gestionar las diferencias y la cercanía, así como la distancia cuando es necesaria.

Para que el amor permanezca vivo necesita cercanía y distancia, como el acordeón. **Necesitamos un balance equilibrado entre el yo y el nosotros, entre autonomía y vínculo, entre dar y recibir.** Necesitamos nuestro espacio, nuestra libertad para poder vivir lo que es importante para nosotras. Solo cuando una puede retirarse,

también se está a gusto con nosotras. La afirmación de los propios límites crea relaciones sanas. (López, Mariola, 2011: 34)

Entonces, a diferencia de las formas patriarcales de hacer grupo, que son de dominación, explotación y expropiación; el entre mujeres, se emancipa de tales formas, donde aparecen el cuidado mutuo y la ternura como condición de existencia. Surge la interdependencia como el sentido que les permite a las mujeres significar y con ello comprender todas las formas de violencia que las golpea física, emocional y espiritualmente y es así como van generando una forma relacional no violenta o menos violenta, donde existe empatía porque todas han sido atravesadas por la violencia, todas entienden de qué se trata.

La interdependencia aparece encarnada en esta red en situaciones como cuando se visitaban y si bien a veces no había mucho que ofrecer, materialmente, de repente ya las veía salirse de la casa para ir al mercado, la plaza, o la verdulería, regresando con los ingredientes para la comida que preparaban, y entonces la mesa estaba vasta no solo de comida sino de personas compartiendo el pan, y en esa convivencia, por momentos, se olvidaba el dolor, la preocupación, la vida rota, disfrutaban, se reían, reíamos todas y todos, y así se manifestaba La Ruah.

Reencender la risa significa querer hacer felices a las personas con las que vives y [convives] significa que te importan y que tu relación con Dios pasa por tu relación con ellas, por los vínculos que establecemos. La risa se vuelve sagrada cuando capaz de encender otro rostro. Es uno de los muchos nombres del Espíritu grabados en nosotros. (López Mariola, 2011: 33-34)

Pero estas mujeres no solo compartieron el alimento, sino también su espacio físico y emocional. Recuerdo que, en dos ocasiones diferentes, compartimos casa con dos amigas y sus infancias. A la distancia observo cómo gestionaron la administración y el trabajo de la casa ya fuera en dinero, en especie o en trabajo doméstico, según el caso y la posibilidad de cada una. Esta acción me parece relevante porque como sugiere Lia Cigarini (1994) marca una distinción entre los grupos y su práctica social fundamentada desde el patriarcado donde la lógica se basa en la extracción y explotación de la fuerza/energía generada por el grupo, ya que se espera obtener (despojar) de algo al otro u otra por la “ayuda” que se le está brindando; a diferencia de la interdependencia en el entre mujeres como figura de un orden simbólico² que rompe, en palabras de Raquel Gutiérrez, con el orden masculino dominante, porque está basada en sostener la vida no en violentarla.

Reflexionaran o no, acerca de estas formas de organizarse, ellas tensaron las formas patriarcales y capitalistas porque les permitió sostener sus vidas al ayudarse mutuamente, donde cada una aportaba desde lo que disponía: salario o tiempo invertido, en la escucha paciente, en el trabajo doméstico o en nuestro cuidado cuando alguna tenía que salir y no podía llevarnos, y así, en el acompañamiento, en las sobremesas y las pláticas nocturnas también se descargaban del estrés de sostener la casa, llevar el

2 Obra de creación de significado de reconocimiento del sentido del mundo en que vivimos. (Rivera, María, 1994: 11) Porque parte del significado que la mujer le da a su ser mujer y con ello a su práctica social, convirtiéndose así en una práctica política que es visible en la forma de interdependencia que genera que puede ser violenta o una no violenta que sostiene la vida.

sustento y cuidar de las crías de manera separada/aislada desde la forma que el patriarcado ha instituido.

Hacerme consciente de la potencia espiritual y política de la red de mujeres de la que soy parte me invita a reflexionar acerca de lo que recibo y doy, en un sentido de reciprocidad y no de obligación y entonces, en un primer momento, preguntarme ¿qué dones me ha regalado el Señor a través de ese entre mujeres?

El don de acompañamiento como lo necesita la otra no como yo creo que es lo mejor;

La ternura de sus palabras ya sea un te quiero, un consejo, reconocimiento por algún logro o un gracias por estar;

La prudencia, en mis palabras y en mis acciones para con ellas (que en ocasiones, aún me falla);

La pertenencia, es decir, una red con la cual andar esta vida, pero sobre todo el don del amor que me permite amarlas y sentirme amada así tal cual somos con las cosas que más nos acercan y con los temas que nos hacen hacer tomar distancia.

Y desde ese amor agradecer que Dios nos cruce en la vida personas para no transitarla solas, porque la Divinidad en su forma Trinitaria nos muestra que la vida no se vive a solas. Y entonces: “Tomarnos el tiempo para agradecer las visitas, esas visitaciones que hemos experimentado en los últimos años. Orar nuestro tejido relacional, los encuentros, la amistad, los rostros que nos han acompañado y nos sostienen en nuestra vida.” López, Mariola, 2011: 34

Gracias a todas y cada una de mis tías por elección, las amo y las honro: Remedios, Benita, Teresa, Clara, Ana Lilia, Malena, Rebeca, Patricia E., D. Patricia, Diana, Lupita, Norma, Estela[†] y a las señoras Mónica, Beatriz y Silvia por estar y sostener la vida de mi madre y la nuestra.

Bibliografía

Aleixandre, Ma. Dolores. (1997). *Círculos en el agua. La vida alterada por la palabra*. Sal Terrae.

Biblia de América Edición Popular. Verbo Divino.

Cigarini, Lia. (1994). La autoridad femenina. Encuentro con Lia Cigarini. *Duoda Revista d'Estudis Feministes*.

Gutiérrez. Raquel. (2022). *Cartas a mis hermanas más jóvenes 2. Amistad política entre mujeres*. Bajo Tierra Ediciones-Minervas Ediciones.

Méndez, Elia y Gutiérrez, Raquel. (2020). Organización de la experiencia en la política de la diferencia femenina/feminista. Potencia y retos. *Revista Bajo el Volcán*, año 1, no. 2 digital, mayo-octubre.

Gutiérrez Raquel, *et al.* (2018) *El entre mujeres como negación de las formas de interdependencia impuestas por el patriarcado capitalista y colonial. Reflexiones en torno a la violencia y la mediación patriarcal*. *Revista Heterotopías del Área de Estudios del Discurso de FFyH*. Vol 1, No. 1.

López, Mariola. (2011). *Ungidas. Un itinerario de oración con relatos de mujeres*. Editorial Sal Terrae.

Rivera Garreta, María-Milagros. (1994). *Nombrar el mundo en femenino. Pensamiento de las mujeres y teoría feminista*. Icaria.

LA DIVINIDAD PRESENTE EN EL AUTO CUIDADO

Mónica Nereida Huerta Torres¹

La presente reflexión tiene que ver con uno de los ejes que este número de AnDanzas nos invita a pensar y también con el trabajo de **Investigación Acción Participativa Feminista (IAPF)** que me encuentro realizando como parte de mi trabajo de tesis en la Maestría en Estudios de **Género**.

Como feminista muchas veces no encuentro un espacio dentro de las religiones para hablar y como estudiante de maestría no siempre hablamos sobre la espiritualidad. Por lo que aprovecho esta oportunidad para hablar de un tema que me interesa y en el que me encuentro trabajando actualmente: **el cuidado**, y específicamente el trabajo de cuidados. Y, pretendo hacerlo

1 Creció en la frontera; en Tijuana, Baja California. Psicóloga feminista, con un diplomado y estudios en Psicoterapia Gestalt, maestrante en Estudios de Género por la Universidad Veracruzana. Acompañante de grupos de mujeres. Actualmente hago una investigación colaborativa sobre los malestares en las mujeres debido a la sobrecarga de trabajos de cuidados.

a la luz de algo a lo que la academia no siempre le da cabida, **la espiritualidad.**

El trabajo de cuidados se refiere a las actividades necesarias para la existencia y reproducción de las personas, dándoles a estas los elementos físicos y simbólicos para la vida en sociedad. Dentro de estas actividades se incluye el autocuidado, cuidado directo de otras personas, provisión de precondiciones en que se realiza el cuidado (limpieza de la casa, compra y preparación de alimentos) y, la gestión del cuidado (coordinación de horarios, traslado a escuelas y otras instituciones). Actividades que son atribuidas generalmente a las mujeres (Fernández & Arguero, 2018) Arlie Russell Hochschild define el cuidado como:

“Un vínculo por el cual quien brinda cuidados **se siente responsable del bienestar del otro y hace un esfuerzo mental, emocional y físico para poder cumplir con esa responsabilidad.** Este es el resultado de muchos **actos pequeños y sutiles,** conscientes o inconscientes que no se pueden considerar como completamente naturales o sin esfuerzo. **Así la persona cuidadora pone mucho más que naturaleza en el cuidado, pone sentimientos, acciones, conocimiento y tiempo”** (Batthyány, 2007)

Para explicar porque el cuidado es también un trabajo, es necesario para mí hablar sobre **la economía.**

A diferencia de la economía convencional a la que estamos acostumbradas en un sistema capitalista neoliberal que se centra en el funcionamiento de los mercados y en la generación de plusvalía, **la economía feminista reconoce como el objetivo del funcionamiento económico la reproducción de la vida** (Rodríguez Enríquez, 2015)

El trabajo de cuidados se considera como un trabajo porque requiere de tiempo y de energía para poder realizarse; y produce bienes y servicios: comida, limpieza,

etcétera. Así como lo más importante para el capital, la fuerza de trabajo (Carrasco, 2006)

La economía feminista nota la división sexual del trabajo y la entiende como la distribución del tiempo y de los tipos de trabajo entre hombres y mujeres (Rodríguez Enríquez, 2015)

Los trabajos de cuidados son enseñados y se reconocen como una responsabilidad principalmente de las mujeres, porque se considera que “biológicamente” las mujeres nacemos sabiendo como realizar estas tareas. Y, aunque es cierto que existen diferencias anatómicas entre varones y hembras humanas, estas son transformadas en desigualdades sociales mediante la intervención cultural en la asignación de roles, actividades, valores y estereotipos según los sexos. Este hacer género no es algo que solo se enseñe en el seno familiar, sino que está presente en los ritos sociales en forma de una tecnología de género (de Lauretis, 1989) que podemos observar por ejemplo en los juguetes para “niñas”, que son normalmente artículos para el trabajo de cuidados como pequeñas cocinas, trastes, escobas, entre otros. Desde niñas se va enseñando a las mujeres como deben de ser y comportarse.

Este sistema además de ser diferenciado entre mujeres y hombres también es jerarquizado y las que se encuentran desfavorecidas en el extremo inferior de la jerarquía son las mujeres.

Alda Facio y Lorena Frías en “Feminismo, género y patriarcado” (2005) mencionan que, si bien cada cultura presenta rasgos variables dentro de las jerarquías de género, existen rasgos comunes entre ellas. Entre las que se encuentran:

- 1) El tener una ideología y su expresión en el lenguaje que explícitamente devalúa a las mujeres dándole a

ellas, a sus roles y sus labores menos prestigio social que el que se les da a los hombres. Un ejemplo de esto lo podemos encontrar en lo que se dice cotidianamente entre la sociedad mexicana como: “lo haces como niña” para referirse a que algo no está bien hecho o también, “pareces una niñita” para referirse a que alguien tiene un comportamiento inferior.

2) Estructuras que excluyen a las mujeres de la participación en ámbitos que son considerados de poder. Esto lo podemos notar hasta en nuestra estructura de Estado, donde no ha habido mujeres presidentas de la república; también, en las estructuras de poder de las religiones donde en algunas, por ejemplo, en la religión católica el ser hombre es un requisito para poder ocupar algunos puestos de poder, como es el de sacerdote u hasta el papa.

Aunque el cuidado tiene como objetivo la reproducción de la vida, al ser responsabilidad de las mujeres causa en ellas una sobre carga de trabajos que traen consigo malestares que se representan en el cuerpo y en las emociones de las mujeres. Entendidos los malestares como dolores, disgustos y sinsabores que causan daño (Benedicto, 2018).

Nuestro cuerpo no está separado de nuestra experiencia y este al ser sometido a un trabajo tan extenuante como lo es el trabajo de cuidados buscará resistirse y la manifestación de esta resistencia serán los malestares.

Al hablar sobre las resistencias Judith Butler menciona que los cuerpos son productivos y performativos y estos solo pueden persistir cuando reciben apoyo y cuando no se cuenta con apoyos y los cuerpos se ven expuestos a la precariedad, estos se movilizan de otra manera, sacando partido de lo que tiene para proclamar que no puede haber vida corporal sin apoyo (Butler, 2017).

Las compañeras interlocutoras² con las que me encuentro realizando la IAPF son un grupo de mujeres católicas para las que su fe es algo importante, y aunque esta funciona muchas veces como un espacio de resistencia, otras veces abona a la presencia de los malestares que vienen con la sobrecarga de trabajos.

Yo las conocí como parte de mi trabajo en una asociación civil que busca instaurar procesos que abonen a la reconstrucción del tejido social en la comunidad. Como parte de nuestro trabajo, organizábamos actividades donde pudieran participar todos los vecinos y vecinas de los barrios de la comunidad donde trabajábamos. Algo que me llamaba la atención es que la mayoría de las personas que participaban en las actividades eran mujeres. En ese momento no entendía el porqué, pero ahora le puedo poner nombre a lo que pasaba.

Las mujeres no tenemos que cuidar solo dentro de nuestras familias, sino que se nos enseña a cuidar también a nuestra comunidad.

En las culturas patriarcales, como ya lo mencioné anteriormente, todo lo que sea considerado femenino se considerará inferior y lo masculino será lo contrario a esto. El cuidado al ser considerado como femenino no se reconocerá como labor de los hombres y al ser considerado inferior no será algo que los hombres buscarán hacer.

Esto explica porque la mayoría de los hombres de la comunidad donde trabajábamos no tenían interés de participar en las actividades de cuidado comunitario.

2 Más que informantes, estás son para mí mujeres con las que tendré interlocución. Como ya mencioné, yo me situé dentro del grupo. Por lo que las nombraré “compañeras interlocutoras”.

Cuando la religión está dentro de una cultura patriarcal tomará como centro al hombre y la mujer será relegada como una acompañante o ayudante de este.

He notado que la espiritualidad que han aprendido mis interlocutoras es una en la que Dios tiene rostro y experiencia masculina y el rostro de la mujer es el de una mujer abnegada que sufre y “aguanta” por el bien de su familia, olvidándose de ella misma y pensando que si ella se toma en cuenta sería egoísta. A la mayoría de las mujeres se nos ha enseñado que el paraíso vendrá a nosotras a través del dolor y de sufrir los malestares de nuestro cuerpo y de nuestra emoción. Esto lo noto también en la experiencia de mis interlocutoras.

Una de ellas es una mujer que dejó su trabajo remunerado por hacerse cargo del cuidado de su hija. Su esposo la violenta normalmente diciéndole que ella es su esclava y que la “tiene” para que ella haga la comida y limpie la casa.

Cuando le pregunté que significan para ella las tareas de limpiar, cocinar y cuidar a alguien más, me respondió que antes lo veía como una carga, pero ahora lo ve como un servicio. Para mí es interesante que utilice la palabra servicio, porque el servicio se puede entender como algo que le damos a otro, pero también para lo que servimos, el servicio como la función de nuestra vida.

Cuando la espiritualidad se ejerce desde un lugar patriarcal, las mujeres no tenemos cabida en los espacios espirituales más que como servidumbres de los hombres.

Mis interlocutoras también me han comentado que cuando necesitan ayuda o cuando las cosas están difíciles, acuden ante el santísimo para pedir consuelo. Esto me muestra la importancia de la fe en su cuidado.

La cultura en México sigue siendo patriarcal y muestra de eso es la violencia de género que seguimos viviendo.

Los datos de la Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares (ENDIREH) 2021 (INEGI, 2022) muestran que en México el 70.1% de las mujeres de 15 años o más han experimentado al menos una situación de violencia psicológica, física, sexual, económica, patrimonial y/o discriminación a lo largo de su vida.

Para hablar sobre la opresión hacia las mujeres Gayle Rubin (1986) habla sobre el sistema sexo/género, entendido este como la sede de opresión de las mujeres, donde las mujeres y todo lo femenino será subordinado a lo masculino, siendo el cuerpo de las mujeres nuda vida. Al hablar sobre la nuda vida, Agamben retoma el biopoder del que habla Foucault y explica esta como las vidas que se pueden sacrificar para sostener el orden, estas nudas vidas como explica Agamben son vidas que no “son dignas de ser vividas, hasta que la misma naturaleza, muchas veces con cruel tardanza, las priva de la posibilidad de continuar” (1998). Por lo que no se pondrá atención en los malestares que experimenten las mujeres. Y ya que el sistema sexo/género no se encuentra presente solo en el cuerpo de los hombres, sino también en el de las mujeres, las mujeres llegan a considerar sus vidas como nudas vidas y pondrán primero el cuidado de otros y otras antes que el de ellas mismas.

Creo que es urgente que las mujeres reconozcamos nuestras vidas y nuestros cuerpos como valiosos y sagrados, donde la Divinidad también se manifiesta.

Es urgente que empecemos a ver a Dios también con rostro femenino y que en la fe católica se retomen referentes de mujeres que tienen el derecho a gozar, como lo es María, la profetisa hermana de Aarón. Cuando el pueblo de Israel atravesó las aguas y así escapó de la esclavitud, María junto con otras mujeres comenzó a bailar y cantar.

Este fue su cuerpo manifestando **su libertad y su derecho al goce.**

Es tiempo de que hagamos alianzas sororas y que dejemos de reconocer nuestras vidas y las de otras mujeres como nudas vidas, es tiempo de que nosotras exijamos el final de los pactos patriarcales caminando junto a otras mujeres, como lo hizo Rut con Noemí cuando decidió caminar junto con ella, rompiendo así con las tradiciones que decían que ella tenía que buscarse a un hombre para seguir su camino. En cambio, concretó una alianza sorora con otra mujer diciéndole: “Donde tú vayas, yo iré; donde tú vivas, viviré yo; tu pueblo es mi pueblo, tu Dios es mi Dios...”

Es tiempo de que las mujeres vivamos en pueblos donde el cuidado esté en el centro y no el capital; donde nuestro Dios se vea manifestado con cara femenina y que podamos ser libres para gozar, sentir placer, cuidarnos entre nosotras, cuidarnos a nosotras mismas y donde podamos ser cuidadas con la misma entrega como se nos exige cuidar.

Referencias

Agamben, G. *Homo sacer: El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-textos, 1998.

Batthyány, K. Género, cuidados familiares y uso del tiempo. *Uno del tiempo y trabajo no remunerado de las mujeres en Uruguay*, 177-198, 2007

Benedicto, C. Malestares de género y socialización: el feminismo como grieta. *Rev. Asoc. Esp. Neuropsiq*, 607-625, 2018

- Butler, J. *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Barcelona: Paidós, 2017
- Carrasco, C. La paradoja de cuidado: Necesario pero invisible. *Revista de economía crítica* , 39-64, 2006
- de Lauretis, T. *Technologies of Gender. Essays on Theory, Film and Fiction*. Londres : Macmillan Press, 1989.
- Facio, A., & Fries, L. Feminismo, género y patriarcado. *Revista sobre enseñanza del Derecho de Buenos Aires*, 2005.
- Fernández, A., & Arguero, J. Desfamiliarización del cuidado: un puente desde el malestar individual hacia el bienestar social. *Millcayac - Revista Digital de Ciencias Sociales*, V(9), 189-205, 2018
- INEGI. (30 de agosto de 2022). *Principales Resultados Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares ENDIREH 2021*. Obtenido de INEGI: https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/endireh/2021/doc/endireh2021_presentacion_ejecutiva.pdf
- Rodríguez Enríquez, C. *Economía feminista y economía del cuidado: Aportes conceptuales para el estudio de las desigualdad*. Nueva Sociedad, 2015.
- Rubin, G. El tráfico de mujeres: notas sobre la “economía política” del sexo . *Nueva antropología* , 95-145, 1986.

EL CARIÑO EN LA CRIANZA MUTUA DE LA VIDA

Sofía Chipana Quispe¹

O frezco este texto tejido, desde la ausencia-presencia de mi gran maestra, mi amada mamá Juana, que vivió su tiempo de transformación, dejándome como herencia la sabiduría de sus ancestras y ancestros aymaras, de la que comparto la fuerza de uno de los principios vitales en la cosmovivencia de los diversos pueblos y territorios denominados andinos, la crianza mutua de la vida, donde el cariño y la ternura van de la mano, como actitudes primordiales en las relaciones recíprocas con todas las comunidades de vida.

La conciencia de ser criadas/os y criar

Ante el cambio climático que vivimos y la pandemia que atravesamos que afectó nuestras vidas de modos muy diversos, nos lleva a replantear nuestra estancia en la tierra

1 Aymara de Bolivia. Miembro de la Comunidad de Sabias y Teólogas Indígenas de Abya Yala.

que supera la noción antropocéntrica, y preguntarnos por el modo en que tejemos nuestras relaciones en el cosmos, considerando que somos un hilo más en el gran tejido de la vida.

En la conversación con las mujeres quechuas que habitan en las faldas del Apu² de Ausangate, ubicado en el Cuzco Perú, donde todos los años entre los meses de mayo y junio, peregrinan al Santuario de Ccoylloritti, la Nieve Brillante, para establecer la relación con la ancestralidad que habita en esos espacios y agradecer su protección por medio de los/as diversos seres que hacen posible que fluya el ciclo de la vida. Comparten su preocupación por la disminución acelerada de la nieve, que no se limita sólo a sus necesidades humanas, sino también por la vida de las diversas fuerzas vitales que habitan junto al Apu, ya que se preguntan dónde habitarán esas fuerzas o espíritus que fluyen en su relación con la nieve, y quién podrá emprender la relación con ellas y ellos ante su dolor, que procure su armonización.

El sentir compartido de las mujeres, nos lleva a plantear que los pueblos ancestrales, se reconocen a partir de la estrecha relación con el territorio y la tierra, donde los diversos cuerpos humanos y no humanos se vinculan a ella como seres en relación, desde la que desarrollan la conciencia de ser criadas y en reciprocidad criar la vida. Se trata sin duda de esas otras formas de ser y estar en el cosmos, que desde la antropología se cataloga como una ontología relacional, por las correlaciones que se establecen con las diversas comunidades de vida.

-
- 2 Presencia ancestral, asumida como protectoras de los pueblos que se hallan en las montañas y glaciares locales, con las que se tiene una relación de profundo respeto.

Como lo expresan las mujeres criadoras de las semillas de papa, pues, en muchos pueblos no sólo tienen la función y la técnica de la selección y cuidado de la semilla, sino también de depositarlas en el vientre de la Madre Tierra. En ese sentido, ellas dialogan con las espíritus guardianas de la papa, las Ispallas que las protege y fortalece ante las adversidades, a su vez, **ellas antes de la siembra las acarician, dialogan con cariño, les dan de comer y beber. Y en su proceso de germinación tanto varones como mujeres las cuidan con esmero, por ello cuando empiezan a florecer, que por lo general coincide con el calendario gregoriano de la fiesta de carnavales, en los diversos territorios andinos, se ofrecen ritos de agradecimiento a la Madre Tierra, danzan y juegan alegres junto a sus campos floridos.** Para luego esperar con todos los cuidados de los sembríos al tiempo de la cosecha, donde los frutos de las semillas son acogidas con cariño, gratitud y respeto.

La crianza mutua, conciencia de que todo tiene vida

El modo de relaciones de reciprocidad que aún se mantiene a contracorriente en las **cosmovivencias** de los pueblos ancestrales, en estos tiempos es reconocida como una **ontología relacional**, aunque por mucho tiempo fue señalada como animista, panteísta, supersticiosa, lo que la cataloga como algo malo y negativo, considerada como amenaza para el pensamiento del mundo de lo uno, lo único y verdadero, que en gran medida silenció esas otras formas de ser.

Sin embargo, para los diversos pueblos mantener el vínculo con la raíz ancestral cósmica de millones de años, supone reconocer las fuerzas vitales plurales que hacen

posible que la vida fluya en la hermosa biodiversidad de las diversas comunidades de vida, que se reconocen como fuerzas de respeto o denominadas como sagradas, con las que se mantiene relaciones de correspondencia como lo vimos en el anterior punto, siguiendo o desarrollando rituales propios.

Por lo que rescatamos en este punto, es que, las relaciones de correspondencia recíproca en las que se sostiene la crianza mutua, es el principio de que todo tiene vida. Como dicen las abuelas y abuelos, hasta las piedras tienen vida, lo que conlleva a una relación de respeto con las diversas formas de vida, que rompe con la noción de recurso, término usado por los sistemas de extractivistas del desarrollo, que crea el mundo de cosas u objetos que se venden y compran, que se usan y tiran, que se violentan y matan.

La sabiduría de reconocer que todo tiene vida, supone ubicarse en el tejido de la vida, que fluye en las dinámicas vitales cíclicas que precisan ser cuidadas y queridas, a fin de mantener el equilibrio y la armonía en el cosmos.

La crianza mutua en un mundo desarmonizado

Aunque los mundos plurales, que cohabitamos los territorios de *Abya Yala*, la tierra de sangre vital, mal llamados como grupos minoritarios por el sistema genocida que sistemáticamente busca eliminar aquello que genera fisuras en la hegemonía de su poder que se impone. Reavivan los saberes negados que procuran ofrecer sentidos en un mundo desarmonizado por la ambición humana, configurada desde el adueñamiento de la vida que perdió el sentido de la dignidad y plenitud de la vida.

Se trata sin duda de la memoria que se resiste a morir, como bien retrata en su obra: *Oficio de Tinieblas*, Rosario Castellanos, en la que presenta a la *lloj* (sabia) Catalina Díaz Puiljá, en el contexto de la reforma agraria, a la que su esposo Pedro González Winiktón acude para encontrar justicia en los dioses antiguos con quienes la *lloj* se relaciona: “Pedro se inclinó sobre el sueño de su mujer y, lentamente, fue pronunciando la única oración que sabía: La tierra, Catalina. Diles que nos devuelvan la tierra” (2008, p. 594).

Ya que la lucha por la tierra y su restitución tenía mayor sentido a partir de la relación con la memoria antigua, que implica el acuerpamiento con la ancestralidad, como dice el texto: “¿encima en la tierra o adentro de su alma?”, se conectó con la experiencia de su infancia, las piedras en *Tzajal-hemel*, espacio donde descubrirá que “¡los dioses antiguos han resucitado!”, y con ellos su pueblo:

Este era, pues, el momento que todos aguardaban. Los ancianos, con los ojos nublados de vejez, agradecían haber vivido lo suficiente para ver el fin de su esperanza; los hombres, en la plenitud de su edad, acogían el maravilloso anuncio con reverencia y alegría; las mujeres atónitas, no comprendían nada, sino que la carga del sufrimiento iba a aligerarse; y los niños se movían con facilidad dentro de la atmósfera del milagro (Ibid. p. 555).

Se trata de un proceso profundo que no se queda en la materialidad de la tierra, sino de compenetrarse en el mismo territorio donde habita la ancestralidad que procura la armonía de la vida, en la medida en que se dialogue con ellas y ellos, que es una forma de criarlos y en reciprocidad ofrecen la fuerza o el espíritu que precisa el pueblo. Ya que la ruptura con esas fuerzas vitales supone el vacío y

el sinsentido, como presenta Castellanos en el desenlace de su obra, a un pueblo desorientado, que se perdió en su afán por obtener el derecho a sus tierras, al abandonar a sus dioses a cambio de cumplir las formas de la religión impuesta, que no ofrecía el sentido y la fuerza que el pueblo requería, la conexión con la fuerza ancestral milenaria que habita en el territorio y la tierra.

En este mundo desarmonizado y roto, la crianza mutua de la vida, supone reconocerse en el proceso de la historia cósmica de millones de años, que habita en la memoria de los cuerpos, donde fluyen las fuerzas del agua, la tierra, el fuego, el aire. A fin de desaprender la superioridad y arrogancia humana que se constituyó a partir del linaje de la fuerza bélica, que rompió los ciclos de la vida de muchos pueblos.

Criando el Buen Vivir

El proceso de las crianzas, no supone la domesticación, ya que implica relaciones de correspondencia que buscan dignificar todas las formas de vida. Por lo que se considera que, en las crianzas mutuas, todo tiene su tiempo y espacio, que requieren ser respetados, lo que no implica un estado idílico, sino el desafío constante de cuidar la plenitud de la vida, que conlleva la defensa de la vida. Como se puede ver en la resistencia que asumen los pueblos, ante el genocidio permanente de los sistemas de muerte, la criminalización y judicialización de sus demandas de autodeterminación que supone el cuidado del territorio y la tierra habitada.

En ese sentido, aunque la propuesta del Buen Vivir, circula por los espacios de las denominadas epistemologías del Sur, ya que fue asumido como un paradigma político que

podría generar cambios en las sociedades con sesgos fuertemente coloniales de políticas económicas extractivistas y capitalistas, desde la que se busca plantear economías y desarrollos alternativos. Sin embargo, el sentido del *Sumaj Kausay*, del *Suma Qamaña*, el Buen Vivir andino, se sostiene en la conciencia de las relaciones de las crianzas mutuas, de otro modo no es posible.

Como ya planteamos en el punto anterior, no se trata de seguir consignas sostenidas sólo en conceptos, leyes y mandatos, mientras la vida se vacía en sus sentidos, como se puede ver en las mismas poblaciones de raíces ancestrales que buscan ser incluidos en los sistemas civilizatorios que los excluye. Ya que dichos sistemas se sostienen en lo que denomina como valores, el tener, el consumo, el poder que domina, que derivan en el afán de superar todo aquello que considera como incivilizado, primitivo, negando así toda ancestralidad cósmica.

Por ello, el Buen Vivir, supone la permanente búsqueda de las armonizaciones de la vida, de las relaciones, que se distancian de los modelos de desarrollo sostenidas en los binarismos que separan la vida a partir de lo que considera como bueno y malo. Ya que se ubica en las dinámicas holísticas de la vida, donde se advierte las diversas formas de desequilibrios provocados por los comportamientos humanos que son capaces de despertar las fuerzas destructoras.

Pues, en este cosmos habitado, nos encontramos con una pequeña parte de la humanidad que se adueña de la vida y camina campante por los diversos territorios, generando a su paso violencia, destrucción, muerte, dolor, siguiendo los linajes bélicos y sacrificiales imparables de la ambición humana.

Por lo que, en estos contextos, el desafío de ofrecernos recíprocamente cariño, ternura, cuidado, protección se

hace mayor, ya que la fuerza desequilibrada genera desarmonías en las diversas relaciones que afectan a las diversas comunidades de vida, por lo que de manera permanente se precisa, tomar el pulso de cómo está nuestro corazón que nos permita fluir con los ritmos de los tambores del corazón de la Madre Tierra, la Pachamama y ofrecerle nuestras mejores melodías que procuren la vitalidad de sus ritmos. Y seguir su pulso consultando a su mensajero. “¿Tienes algo que decirnos, colibrí? –Bailan sin parar, cada vez más leves, más volando, y entonan los cantos sagrados que celebran el próximo nacimiento de la otra tierra” (Galeano, 1998, p. 182).

Referencias:

Castellanos, R. Oficio de tinieblas. En Obras I: Narrativa. Eduardo Mejía. Comp. México: Fondo de cultura económica. 2008. Pp. 357 – 710.

Galeano, E. Úselo y tírelo. Argentina: Plantea, 1998

ENTRE LA URDIMBRE DE LA PAZ Y LA TERNURA, EN UN MUNDO DE VIOLENCIA

Manuela Rodríguez Piñeres¹

Las relaciones entre los seres humanos, se nos presentan como un reto permanente; el reto a diferenciarlas como varones o mujeres. Históricamente, en una cultura patriarcal y sexista, se intenta imponer un estereotipo masculino, a través del lenguaje, para dirigirse a las mujeres como si ellas fueran uno más de ellos. Y sabemos que las diferencias existen, ya desde nuestros orígenes. “Y Dios les creó a imagen y semejanza, mujer y varón los creó. (Gén. 1,27) ¿Por qué esta sociedad sigue perpetuando estos estereotipos? ¿A quién le conviene? ¿a quienes le da réditos y ganancias? **En la medida que intentamos responder a estos cuestionamientos, me animo a sospechar que queda aún mucho en nuestras relaciones de lo frater=hermano y**

1 Religiosa de las hermanas Oblatas del Santísimo Redentor (OSR) Trabajadora Social, especialización en gestión alternativa de conflictos. Actualmente trabaja en Casa Madre Antonia acompañando la reflexión en el grupo de espiritualidad con mujeres en contexto de prostitución. Participa en la Red Rhahamin, contra la trata de personas.

poco de lo sororo=hermana. ¿Cómo armonizar estos dos polos para acortar las distancias, cómo entretrejer estos hilos, para que la urdimbre de nuestras relaciones tenga el equilibrio al cual aspiramos? Necesitaríamos verlos como aspectos que se integran recíprocamente, que lleguen a la medida esperada y necesaria para que, las relaciones entre varones y mujeres, afirmen la igualdad e incluyan las diferencias y no establezcan brechas que reafirman los estereotipos instituidos cultural y socialmente, de lo que es ser hombre o mujer, sabiendo que están en la génesis y en la legitimación de muchos tipos de violencia. En este sentido, nos preguntamos también: ¿por qué a lo largo de los siglos se hicieron a las mujeres depositarias de la ternura, de la debilidad y, por el contrario, los varones fueron identificados con la fuerza y la rudeza, por no decir, como los depositarios de las diferentes tipologías de la violencia? Y el fruto de mis vivencias y experiencias como mujer, me han llevado a redescubrir que la ternura está, tanto en los varones como en nosotras las mujeres. Y que juntos/as podemos ser constructores/as de la paz basada en la justicia, en la sorora fraternura. Juntos/as podemos crear en el día con día de nuestras vidas, relaciones más humanas, sin violencias, impregnadas de esa ternura que no responde a sexos ni a géneros, sino al carácter indeleble de ser personas, de ser, ante todo, humanas y humanos. Porque tenemos la certeza que, todas y todos, queremos una sociedad más humana, una sociedad donde la paz esté en primer lugar. Una sociedad e iglesias más sensibles a las realidades humanas, sobre todo aquellas donde se ha “legalizado” y perpetuado la llamada cultura de la violencia, generada prioritariamente por este sistema capitalista neoliberal, mediante el maltrato y la explotación de los cuerpos de los seres humanos particularmente las

mujeres y las niñas, quienes son sometidos/as a la ley de la oferta y la demanda, mercadológicamente hablando.

Es una realidad que nos conmueve, nos indigna y nos impulsa a no quedarnos de brazos cruzados. Son mujeres y niñas/os con sus vidas marcadas por el dolor y el sufrimiento. Son mujeres donde las violencias de todo tipo les ha truncado sus sueños, de una vida mejor para ellas y sus hijas/os. Les ha opacado su dignidad de personas e hijas de Dios muy amadas. Se me retuercen las entrañas de dolor, al salir al encuentro con ellas, desde nuestro carisma y misión como Oblatas del Santísimo Redentor, sus rostros marcados por la tristeza, expuestas para quien quiera utilizarlas, sin libertad, ni tiempo para sí mismas. El mandato de quien la explota es: *“Tu no sirves para nada, solo para p...lo único que me interesa es que me des mucho dinero”*. Y... queridas lectoras/es, les invito a preguntarnos: ¿Dónde quedó esa ternura de una Divinidad que los creó con tanto cariño, les tejió con singular cuidado en el seno de sus madres? ¿Dónde quedó el respeto a los seres humanos en toda su integridad? **¿Qué pasa en esta sociedad de consumidoras/es en donde todo se compra y se vende, hasta los cuerpos humanos: ya sea en la trata, en la prostitución, en la pornografía, entre otras formas?**

Y comparto esta reflexión contigo mujer, contigo varón; contigo persona que eres un manantial de ternura y de paz, esa ternura y esa paz qué está en la Divinidad que tiene corazón de mujer, que tiene corazón de varón, corazón dónde está el germen de la humanidad, de la armonía y de la esperanza.

Y desde ahí, estamos llamadas y llamados, a tejer relaciones de sororo fraternura, dónde las diferencias sean integradas, donde cada uno y cada una, tengamos un espacio y un lugar diferentes y caminemos de la mano, creyendo que

En la urdimbre de la paz y la ternura, en un mundo de violencia

una sociedad nueva es posible: Una sociedad sin explotaciones ni violencias a ningún ser humano o ser vivo del planeta tierra. Una sociedad que tenga como brújula esta frase bíblica del profeta Miqueas: *“Ya te he dicho lo que es bueno y que el Señor te exige: que practiques la justicia y el derecho, que ames con ternura y camines humildemente con tu Dios.”* (Miqueas 6,8)

EL CAMINO DE LA TERNURA

Madai Xihucuahtzin¹

Resulta un tanto complejo hablar de “la ternura” como un jarabe para combatir la violencia, comenzando porque lo que se busca con un medicamento generalmente es una vía directa de sanación y en términos humanos muy pocas problemáticas sociales tienen en primera instancia solo una solución y luego generalmente las respuestas a dichas situaciones no son directas, hay que dar atención a los diferentes orígenes, de la misma manera en que ocurre con lo que se suele comprender como enfermedades físicas. Tal vez también sería poco práctico seguir hablando de la violencia como si fuese una enfermedad a erradicar, pues en su esencia más primigenia es parte inherente a la vida en la tierra, depende el lente a través

1 Lic. En mercadotecnia por la Universidad Chapultepec; coreógrafa independiente con formación en danza clásica(jazz, capoeira, tango...),ha participado en diferentes proyectos escénicos e incursionado en el campo de la vídeo danza, a través de Video + danza (dirección de Danza y TVUNAM) Ha creado e impartido talleres a población vulnerable que involucran aplicación terapéutica de la danza.

del cual se mire la situación podemos decir que un león violenta a una cebra al instante en que se abalanza sobre ella para luego nutrirse de su jugosa carne, en los seres humanos existe la violencia como un mecanismo básico de respuesta ante amenazas que pueden ser muy tangibles y en nuestra contemporaneidad incluso a las que no lo son, en ese sentido, la respuesta violenta puede ser solo uno de muchos síntomas de una enfermedad bastante real, por ejemplo, el estrés; en el entendido de lo anterior, no resulta tan difícil reconocer que la mayor parte de las personas prefieren aludir a la vieja y conocida frase de “ojo por ojo diente por diente”; así suelen comenzar las peleas entre colegiales pero también las épicas batallas en la historia de la humanidad.

Aun cuando la lógica dictaría que al fuego lo apaga el agua, en la mente-cuerpo humano suele radicar y dominar la parte más primitiva de la conducta, en donde parecería que no hay espacio para la sapiencia, lo que le impulsa a acceder por la fuerza a lo que dicho cómo poesía: “podría conseguir con miel”; o como también, bien dice otro dicho, “uno atrapa más moscas con miel”. Lo cierto es que hay dos principales acciones a saber frente a lo que una persona entiende como amenaza: huir o combatir. Es este combate el que habitualmente no tiene lugar en gran parte de situaciones dentro de la época en que vivimos, pues en muchos de los casos la percepción de amenaza es errónea, en otras aunque es verídica para el tamaño de cada circunstancia, existen otros caminos, como, seguramente quién está leyendo esto sabe de antemano, en efecto, que sobrado está decir que la violencia no es la única solución, aunque parece redundante, consideré primordial comprender la parte más rudimentaria del funcionamiento de la mente-cuerpo humano, más que para justificar las conductas

que en el mundo moderno no necesariamente tienen lugar, para entender por dónde podemos abrir camino a un mundo más armónico y pacífico en donde las personas puedan convivir en plenitud.

Comprendiendo lo anterior podemos descubrir que violencia y ternura son dos maneras de responder frente a una circunstancia dada, por lo tanto, no podemos buscar combatir la violencia con ternura, más bien procuramos fomentar la elección del camino dulce frente al hostil, salado, agrio, amargo. Y mientras enumero todos los sinsabores a los que puede conducir el sendero de la violencia, nuevamente parece claro que todo mundo debería preferir el “romántico” camino de la ternura, pero ¿por qué no lo hacen? (además de las causas naturales antes citadas), parece que hay otras razones, por ejemplo, la inmediatez e incluso el desconocimiento de un platillo distinto en el menú, desde la perspectiva limitada de nuestra vida, a muchos nos puede parecer evidente que un abrazo puede llenar un gran vacío en el momento indicado, por solo ilustrar una situación; pero en algunos círculos sociales, un abrazo puede ser sinónimo de debilidad, o una conducta con desaprobación social, podemos pensar por ejemplo en culturas orientales en donde la proximidad física es reservada a las personas más próximas en la familia (a veces aún lo cual tiene poca recurrencia) y entornos de mayor intimidad; lo peculiar es que no hay que ir tan lejos, si bien es cierto que culturalmente compartimos rasgos conductuales predominantes, cada familia y cada persona es un mundo con distintas herramientas para afrontar sus circunstancias.

El camino de la dulzura

Previamente me he referido a los posibles sabores de la ternura y la violencia, sin profundizar en lo que la primera representa. Hasta este punto también he descrito como una de sus posibles manifestaciones un abrazo, algo que no he hecho solo por que quien ahora escribe **es un ser profundamente corporal, o kinestésico para ser más específica**; si uno abre cualquier buscador y teclea la palabra “ternura” seleccionando la búsqueda de imágenes, encontraremos fotos y dibujos que remiten a abrazos, caricias e inocencia.

Según la RAE, la ternura está definida como un “sentimiento de cariño entrañable”, el cariño a su vez es descrito como una “inclinación de amor o buen afecto que se siente hacia alguien o algo”; sin embargo discurrir en el terreno del amor podría representar perderse en un mar infinito, que ciertamente bien puede valer la pena pero mientras que por un lado no es el objetivo de este escrito, por otro también habría que notar que **hay formas y manifestaciones de amor en las cuales radica la violencia**. Así que, para evitar estacionarnos en los significados, en un afán de conseguir la mejor usabilidad del término me referiré a la ternura, **como sinónimo de dulzura** en la vida teniendo en la mente las representaciones antes descritas, sobre todo las de los abrazos y las caricias porque además servirán de acercamiento a una alternativa de solución a conflictos.

El camino de la inmediatez

Ya antes he mencionado la posible incapacidad de las personas a afrontar sus circunstancias desde la ternura

por desconocimiento a esta opción, mencionando que en algunos sectores de la sociedad o familias los individuos no solo tienen la impronta de la violencia por la naturaleza primigenia sino también porque es el común denominador de su vida, personas insultándose en el día a día incluso para manifestarse algún afecto, escuchando música que perpetúa sus heridas y naturalizando los golpes aún los más pequeños como sinónimo de amor; es muy común reírse frente a la frase “te pego porque te quiero”, o “más vale una nalgada a tiempo” e imaginar la chancla como ícono de buena maternidad; ¿Por qué no emplear la frase “vale más un abrazo a tiempo”? Tal vez la respuesta se encuentra en la misma temporalidad de esa frase, el sentido de inmediatez que prima en nuestra sociedad es el mismo que hace actuar al ser humano irracionalmente en una compra por impulso que en un golpe repentino a su pareja o hijos. ¿Pero si un abrazo parece tan fácil, tan inmediato! ¿por qué no recurrir a una caricia en el preciso instante en el que la /el otro se dio por ofendido/violentado? (¿se percibe la ironía en dicho planteamiento?).

Recordemos que una persona suele recurrir a la violencia cuando se siente amenazada, una mamá puede percibir una amenaza en el hecho de que su hijo haya fallado en sus calificaciones porque tal vez su progenie representa un logro personal y si esta falla considera amenazada su integridad, o tal vez ve en ello la amenaza de la pérdida financiera que representaría que el niño repita el curso; un hombre puede percibir una amenaza en el hecho de que su pareja se vea bien y se la puedan “robar” y por eso la golpea, o que se supere y se le pueda “escapar” y por eso la humilla verbalmente; estas amenazas pueden ser tan reales o ficticias como cada individuo concibe y percibe su existencia y ante dichas problemáticas (apro-

badas o desaprobadas socialmente), ¿también existe el camino de la dulzura?

Si una persona se siente violentada lo más probable será que no reciba con buenos ojos cualquier manifestación de afecto, porque para entonces sus alarmas de “corre o ataca” estarán al rojo vivo, si en principio esa persona hubiese tenido sembradas las herramientas emocionales necesarias muy probablemente ni siquiera habrían tenido que encenderse sus “alarmas” porque habría percibido que la amenaza no era real o en el caso de que lo fuera, pese a que una activación de las hipotéticas alertas le pondría en guardia, su reacción a la situación sería distinta. Aunque hace mucho tiempo aprendí que no hay hubiera que valga, lo cierto es que la ternura como respuesta a los conflictos parece ser a la vez una herramienta, pero también parte de la cosecha de un cultivo que tuvo lugar previo a la aparición de los conflictos, o sea que lleva su tiempo pues, para ir entonces en esa dirección bien vale recordar el cuento de la mujer que le quita los bigotes al león: ella va con un hechicero para que le haga la poción que (de manera inmediata) le ayudará a hacer de una persona (en algunas versiones su esposo, en otras su hijastro) alguien más dispuesto, menos explosivo y más amoroso, el hechicero le pide tres pelos del bigote de un león para poderle hacer el brebaje milagroso y la mujer tiene que desarrollar todo lo necesario para paulatinamente acercarse al gran felino y conseguir sus bigotes, solo para darse cuenta que justamente en esas peripecias estaba la solución a su aflicción, pues no era el brebaje mágico, sino las habilidades que desarrolló para conseguirlo lo que le permitiría conseguir lo que en principio quería.

Así pues, ahora que nos hemos propuesto pensar en un mundo en el que las personas elijan el camino de la ternura

y no el de la violencia, bien vale recordar que es algo que lleva tiempo y trabajo pues difícilmente se conseguirán frutos por el camino estéril de la inmediatez.

El camino de lo desconocido

Hace algunos años desarrollé un programa de acercamiento entre padres e hijos a través de diferentes herramientas corporales, algo que me colmó de dicha fue cuando durante el cierre uno de los padres que había asistido solo con su hijo agradeció por la oportunidad de acercarse físicamente a su hijo de una manera en la que jamás antes había experimentado, el niño tenía alrededor de diez años, una década habían estado juntos y compartido el mismo aire sin esa oportunidad de sentir al otro, de escucharle más allá de lo superficial.

Debo admitir que he tenido enorme fortuna de conocer diferentes realidades, eso me ha dado algo que considero una visión más amplia de esta gran obra, a ratos tragedia, a ratos comedia que es la vida. Gracias a ello he tenido puntos de referencia respecto a lo que valoro y fomento en mis relaciones interpersonales. **En el transitar he conocido segmentos de la población más dispuestos a ejercer la ternura para con los demás, entendiéndolo por los demás “el entorno” y no solo personas, la aproximación a veces llega bajo la forma de un regalo o una palabra, una palmada y por supuesto el bien conocido abrazo en el que se siente como si la otra persona te estrujara el alma cálida y dulcemente.**

Pero también debo reconocer que he conocido espacios en donde los tabúes pueden más que mil razones, lo importante de esto fue descubrir que para quién vive en medio

de dichas limitantes todo el mundo existente se encuentra entre esas murallas invisibles de su inmediatez social o espacial, hasta cierto punto es víctima de la realidad en que nació porque no conoce más allá. La presencia de dulzura en la vida no tiene que ver con el estrato económico o con si se es hombre o mujer y aunque parezca contradictorio, tampoco con el lugar en que se nació, si bien este será de gran influencia pues hará más fácil o más difícil desarrollar las herramientas emocionales que le permitan cultivar esas mieles, lo importante será justo eso, **que las personas puedan descubrir que hay algo más allá de lo que han vivido y conocido.**

Algo que a quienes hemos trabajado con el cuerpo nos parece más que evidente, por mucho tiempo no fue así para buena parte del mundo común, pero ahora cada vez hay más estudios sobre el efecto **benéfico e importancia de la proximidad física, pero el contacto físico no es el único medio para asumir el camino de la ternura, también podemos encausarnos desde una escucha empática, el silencio o la palabra oportuna, pero sobre todo desde una monumental paciencia ya que en lo individual como en lo colectivo solo eso puede ir dejando las semillas que un día nos compartirán frutos más dulces y vidas más plenas.**

“LO QUE REDIMISTE, DA VIDA AHORA A TU PUEBLO”

Lourdes Lopéz¹

Mi experiencia profunda de Dios, se da y solamente puede releerse desde la experiencia de ruptura humana más profunda; creo que es ahí también donde surge esta convicción: **“Lo que redimiste, da vida ahora a tu pueblo”**.

El presente artículo trata de hacer una relectura de la experiencia del Sábado Santo, **como un lugar Teológico desde donde, como mujer he acompañado el dolor de mujeres que me han confiado su historia.**

Desde que inicié mi caminar en la vida consagrada, Dios se me ha hecho el encontradizo en mujeres que han vivido

1 Franciscana misionera de María, es licenciada en psicología por la UNAM, tiene una maestría en Acompañamiento Psicoespiritual en la Universidad Alberto Hurtado en Chile. Ha tenido diversas experiencias: con niños y niñas migrantes en detención, hombres y mujeres en situación de privación de libertad, el pueblo mixteco, el pueblo musulmán, Mujeres y niñas víctimas de violencias sexuales y pequeños vulnerados en espacio de cuidado, en México, Nicaragua, Estados Unidos, Chile, Túnez y República Democrática del Congo

“Lo que redimiste, da vida ahora a tu pueblo”

experiencias de violencias sexuales, la pregunta que salta es: ¿Cómo puede Dios permitir tanto dolor? ¿Qué puedo hacer con todo este dolor? **qué difícil es PERMANECER... ACOMPAÑAR... ESCUCHAR...**

Y para poder acompañar el dolor, tuve primero que hacer un camino muy personal, que me llevó a encontrarme en mi propio Sábado Santo, en mi propia tumba... en mi propio dolor... Permitirme ser acompañada y dejarme salvar... dejarme resucitar.

Traigo al corazón, nombres y rostros de mujeres, niñas que, en su camino al Norte, en sus casas, en la oscuridad de la calle, han sido violentadas... cuerpos rotos, ultrajados, rescatados y abrazados por la ternura de un Dios que se hace Presencia, y quiero iluminar estas vivencias con el contenido del libro “Between Death and Life: Trauma, Divine Love and the Witness of Mary Magdalene”, de la autora Shelly Rambo.

El trauma psíquico escinde al ser humano; rompe conexiones entre la mente y el cuerpo, el pasado y el presente (Rambo, 2010b), de alguna manera, hay un antes y un después para la persona que vive una situación traumática.

Para Shelly Rambo (2010b), existen tres elementos clave que pueden ayudar a explicar, desde la Psicología y la Teología, el fenómeno de trauma en el ser humano:

a La temporalidad.- En muchos casos, se produce una **disociación**, que permite a la estructura psíquica no romperse totalmente, en este sentido, puede provocar una desconexión en relación al tiempo, haciendo confusa, para la persona que vive trauma, establecer una temporalidad acorde a la realidad, de hecho, **el cerebro pierde su capacidad de situar el evento en su temporalidad real.**

b Problemas con la memoria.- La sobreviviente tiene una complejización de su memoria en torno al trauma, por un lado, le es difícil recordar los hechos tal como sucedieron; sin embargo, **la memoria de alguna manera, posee a la persona; es decir, emerge de manera incontrolable trayendo recuerdos intrusivos que no son fáciles de procesar.**

c La dificultad para poner en palabras la experiencia.- La persona se encuentra ante el desafío de poner en palabras la experiencia, lo cual es complicado porque se pierde la habilidad de comunicar un hecho que ha marcado su vida.

Por todo lo planteado hasta aquí, es posible decir que quien vive un trauma puede experimentar una ruptura tal que le lleve a cuestionarse incluso el sentido de su vida y, por tanto, la lectura Teológica puede ofrecer elementos que den un nuevo sentido a la persona (Rambo, 2010b).

1 Espacio entre la vida y la muerte como espacio Teológico

La persona que sobrevive un trauma, se enfrenta a desafíos muy concretos: la nueva realidad de concebirse sobreviviente; por otro lado, el desafío de vivir en el “después” (Rambo, 2010b).

Una de las consecuencias más plausibles del trauma es la pérdida del sentido de seguridad en un mundo que se convierte en amenaza. Las preguntas a las que nos enfrenta humanamente el trauma, como: **¿Qué significa sobrevivir?, ¿cuál es el sentido de la vida?, ¿cómo enfrentar el dolor y**

“Lo que redimiste, da vida ahora a tu pueblo”

la muerte? nos llevan a plantearnos preguntas teológicas sobre el sentido de la humanidad y la presencia de Dios en medio del dolor humano: la naturaleza divina.

Hans Urs von Balthasar (cit. en Rambo, 2008), vuelca la atención hacia este espacio presente en los Evangelios como un silencio sorprendente; este tiempo que se vive desde que Jesús es colocado en la tumba hasta su Resurrección; un espacio liminal, vivido después de la muerte y en el que aún no está presente la Resurrección de la Pascua (Rambo, 2010a), por ello, necesitamos dar tiempo a experimentar una espiritualidad del Sábado Santo.

Jesucristo desciende muerto con los muertos, no conquista la muerte, sino que la vive y permanece en ella. Es esta pasividad de Cristo que abre el profundo mensaje de Solidaridad de Dios con la humanidad (Rambo, 2010b), que llega hasta donde nadie llega por amor.

Es así como la Teología del Sábado Santo, hace evidente la profunda solidaridad de Cristo con la humanidad, es el hecho de permanecer aún en la muerte, sin lograr reconocer si acontecerá o no la Resurrección. Aquí surge para Rambo (2010a) el concepto de “*middle space*” que es este espacio donde no hay una clara delimitación entre la muerte y la vida, y éstos no se oponen, más bien aflora un “**espacio liminal**”, una mezcla entre ambos que no separa dos realidades sino que, en una especie de bruma, las integra.

2 Testimonio y trauma.

Es aquí donde la fe; esta respuesta humana a la iniciativa de Dios, desde la experiencia de una persona que sobrevive el trauma se transforma en una experiencia desde el cuerpo y la dimensión de ser “testigo” (Rambo, 2010b).

Las luces que nos brinda la realidad vista desde la perspectiva del trauma constituyen la lente hermenéutica a través de la cual surge una visión teológica alternativa de curación y redención (Rambo, 2010a).

De allí surgen preguntas que quieren responder a una realidad como el trauma a la luz de la fe. Shelly Rambo (2010a) se pregunta: ¿Qué significa ser testigo en un contexto de trauma? Surge, de manera natural, la noción de “testigo” como quien escucha y reconoce la dimensión de lo que el trauma ha dejado en la persona (Rambo, 2010b). **Por ello, es que la relación que generan los espacios en los que es reconocido el trauma es curativa.**

Si trauma es el sufrimiento que permanece (Rambo, 2010a); ¿cómo permanecer en ese espacio donde no es agradable estar, para poder acoger a quien sufre?

Más aún, ¿cuál es el lenguaje y las narrativas que surgen de la Teología y que pueden sostener el dolor de quien sobrevive trauma? (cfr. Rambo, 2010a).

Testimonio en el Sábado Santo

A partir del estudio realizado por Hans Urs von Balthasar (cit. en Rambo, 2010a) se abrió en la Teología una ventana para reflexionar sobre **el espacio del Sábado Santo, este espacio donde la muerte aconteció y aún no ha llegado, ni se sabe si llegará, la vida. Un espacio “liminal” que Von Balthasar posiciona en la experiencia del Sábado Santo.**

Esta experiencia nos pone delante del desafío de lo que significa testimoniar entre la vida y la muerte (Rambo, 2010a), el espacio a veces lleno de heridas que es el espacio del trauma.

“Lo que redimiste, da vida ahora a tu pueblo”

En este sentido, Rambo (2010a) propone dos testigos: María Magdalena y Juan en su propia experiencia y lucha durante el Sábado Santo.

1 La primer testigo

La primer testigo de la Resurrección que el Evangelio de Juan (20, 1-18) nos presenta, confronta la visión tradicional de quien da testimonio; nos pone delante de una concepción poco familiar que nos hace reflexionar sobre lo que significa ser testigo y las complejidades de ello después de una experiencia tan fuerte como la crucifixión (Rambo, 2010a).

En el texto, María experimenta varias dificultades para poder percibir la realidad con claridad (Rambo, 2010a):

- a) Por ser muy de mañana, aún no hay la claridad suficiente en el ambiente para ver.
- b) Ella está llorando, lo que hace que sus propias lágrimas se conviertan en obstrucción para la vista, solamente puede mirar a través de ellas. María Magdalena está presente durante toda la escena, pero de alguna manera, fuera de la misma. Las lágrimas expresan cómo el dolor la sobrepasa.
- c) Solamente mira hacia dentro de la tumba de manera parcial, su espectro es limitado.

En última instancia, María Magdalena se encuentra con la ausencia de Jesús (Rambo, 2010a), una ausencia que la deja sin poder responder; no hay vida, pero tampoco muerte.

Si se confronta esta experiencia con la de una persona que ha vivido trauma, es posible explorar la dificultad que

ella tiene en el reconocimiento de la experiencia (Herman, 1997), como se mencionó antes, la persona vive una desconexión que le permite no romper su estructura de personalidad (Medrano Codosero, 2011); cuando logra poner en palabras lo acontecido, la narrativa suele no ser lineal sino confusa, llena de sensaciones e imágenes vívidas (Herman, 1997).

2 La experiencia de ser nombrada

En la segunda parte de la narración se nos presenta el encuentro de María con Jesús, un encuentro que llena de preguntas en torno a su testimonio; en principio, cuando se enfrenta a él, María no le reconoce (Rambo, 2010a); es solamente después que se consuma dicho reconocimiento y se hace más plausible en el momento en que él la nombra y ella se vuelve para decirle Maestro (Rambo, 2010a). Incluso cuando la búsqueda por el cuerpo de Jesús ha terminado, en este encuentro hay una distancia; ella no le nombra sino con un título dado a Jesús (Rambo, 2010a).

Esta realidad nos devuelve a la certeza de que María no está en óptimas condiciones para ser testigo; sin embargo, es a través de su inhabilidad que se convierte en testigo, no se trata aquí de su propia capacidad, sino de la presencia que está testimoniando, una presencia diferente, que ella no alcanza a comprender; en última instancia, María se encuentra con la presencia y, al mismo tiempo, la ausencia de Jesús (Rambo, 2010a).

En el caso de personas que han vivido trauma, es importante permanecer en ese espacio entre la muerte y la vida; donde no hay claridad, donde no es posible explicar lo que

“Lo que redimiste, da vida ahora a tu pueblo”

pasó y aun cuando la terrible experiencia ya ha pasado, sigue estando presente (Rambo, 2010a).

3 Espacio Teológico en el Sábado Santo

Al hacer este camino de reflexión desde la figura de María Magdalena, se constata que existe un espacio teológico en el Sábado Santo, que es un espacio liminal entre la vida y la muerte; es allí donde surge la figura del Espíritu, que no testimonia los eventos vividos por Jesús sino esta nueva presencia-ausencia (Rambo, 2010a).

El testimonio de María Magdalena es el que surge en medio de las secuelas de la muerte, en la ausencia de claridad; surgen de aquí dos términos: *menein* y *paridonai* (Rambo, 2010a).

Durante el discurso de despedida (Jn. 17), Jesús utiliza la palabra *menein*- permanecer; que en el contexto después de la muerte, adquiere un nuevo sentido, una nueva presencia; por otro lado, *paridonai*, que significa entregar, implica una forma de transmisión (Rambo, 2010a).

a) *Permanecer*

Cuando Jesús habla de permanecer (*menein*) mientras se despide de su comunidad, se dirige hacia quienes sobreviven luego de su trágica muerte y testimonian en el permanecer (Rambo, 2010a): “Permanezcan en mi amor” (Jn 15, 9b), son las palabras de Jesús y, en realidad, solamente pueden permanecer (*menein*) con la presencia y fuerza del Espíritu que les sostiene y les constituye testigos (Rambo, 2010a).

Sin embargo, para los discípulos, después de la muerte de Jesús, este permanecer es vivido desde la posición de quien sobrevive, lo cual tiene implicancia para el presente estudio, debido a que tal como se constató anteriormente, la visión confusa de María Magdalena (Rambo, 2010a) es semejante a la dificultad de recordar los acontecimientos de parte de la víctima (Medrano Codosero, 2011).

b) Entregar

El escrito Joanino utiliza la palabra “*paridonai*” que significa entregar; Jesús dice a sus apóstoles que les entregará el Espíritu, no solamente como quien entrega algo, sino como un ofrecer que tiene un receptor concreto. Sin embargo, si nos colocamos delante de la escena del Sepulcro en el Sábado Santo, no es posible pensar en el Espíritu de la Resurrección y de Pentecostés; Jesús ha entregado, en la Cruz el Espíritu que permanece entre la muerte y la vida, el Espíritu Liminal (“*Middle Spirit*”) (Rambo, 2010a).

Este Espíritu Liminal, da a María Magdalena la posibilidad de ser testigo en este espacio entre la muerte y la vida del Sábado Santo, es este mismo Espíritu quien da a la persona que vive un trauma, **la posibilidad de crear una narrativa de quien sobrevive, sin borrar el dolor, o saltar etapas de elaboración de lo vivido, sino resignificando su propia vida en este nuevo espacio del “después” de una experiencia traumática (Rambo, 2010a).**

Es posible decir que no existe la vida después de una experiencia traumática (Rambo, 2010a); al menos no como era concebida antes, sino con un nuevo significado que procede del testimonio vivido en el permanecer, una nueva

“Lo que redimiste, da vida ahora a tu pueblo”

narrativa que se construye en la experiencia de Redención que pasa el Sábado Santo.

Este Espíritu Liminal tiene una presencia tenue en el espacio entre la muerte y la vida, es el Espíritu que persiste donde la muerte y la vida son desafiadas (Rambo, 2010a); donde no es posible contemplar aún el amanecer.

1 Espíritu Liminal

Catherine Keller (2003, cit. en: Rambo, 2010a), desarrolla el concepto de “Espacio Pneumático”, es en este espacio donde el Espíritu de Dios quebranta las ortodoxias de la relectura de la realidad, en este sentido, se expresan 3 afirmaciones sobre el Espíritu que se leen de manera diferente a través de los lentes del trauma (Rambo, 2010a):

a) El Espíritu es aliento

La *Ruah*² es el poder que viene de Dios, dadora de aliento, anima a las creaturas, trae a la vida aquello que está sin vida.

Durante el Sábado Santo, lo que se entrega (*paridonai*), en este espacio liminal marca un nuevo inicio pneumatólogo, distinto a la Resurrección; la presencia continúa a través del aliento, pero el foco es los cuerpos que testimonian, las lágrimas, los cambios, todo aquello que testimonia la ausencia, lo que permanece (Rambo, 2010a).

Este aliento da fuerza a lo innombrable, a aquello que es inaccesible al lenguaje (Rambo, 2010a), da fuerza a lo

2 La *Ruah* en hebreo significa el soplo que posibilita la existencia, la base de todo lo que vive, es un término femenino, “la Espíritu”.

innombrable de la experiencia de trauma.

El sufrimiento de quien vive un trauma se intensifica por la imposibilidad de poner en palabras lo vivido (Rambo, 2010a); por ello, el recordar y poner en palabras lo terrible de la experiencia es requisito para la restauración social y la sanación individual (Herman, 1997), por otro lado, el trabajo con el cuerpo y aquí su capacidad propia de respirar, que es condición necesaria para la vida, pone este aliento de Dios (*Ruah*) como una imagen Teológica que habla por sí misma de esta necesidad de hacer visible lo acontecido y vivir, de alguna manera, un renacimiento a través del sufrimiento (Rambo, 2010a).

b) El Espíritu se mueve de manera diferente en tiempo

El Espíritu no se mueve de manera lineal sino caótica (Keller, 2003, cit. en: Rambo, 2010a); en el caso de la experiencia posterior a la Cruz, hay un segundo caos (el primero ha sido la Creación) donde se genera una oscilación entre la muerte y la vida donde ésta última es reconcebida como aquello que *permanence* (Rambo, 2010a).

Esta noción de oscilación es útil para el estudio del trauma porque, como se presentó anteriormente, muchas de las personas que han vivido trauma tienden a revivir de manera continua lo que aconteció (Nguyen, Bellehumeur, & Malette, 2014), el pasado irrumpe en situaciones comunes y sobrepasa a la persona de tal manera que rompe las estructuras espacio temporales (Jones, 2009).

Por lo anterior, la resistencia que se genera en la experiencia de permanecer en el Sábado Santo, habla de persistencia en medio de la muerte, en realidad, son los movimientos y no el destino lo que constituye el Sábado Santo;

“Lo que redimiste, da vida ahora a tu pueblo”

el reconstruir una memoria que haga sentido a quien sufre (Rambo, 2010a), en última instancia, el generar una narrativa que ayude a quien vive trauma a reconstruirse (Herman, 1997).

c) *El Espíritu es Amor*

El Espíritu Liminal, este aliento frágil, sin poder, expresión entre la vida y la muerte, se vive en un espacio de dar y recibir. Keller (2003, cit. en: Rambo, 2010a) interpreta esta fragilidad en términos relacionales; así, la fragilidad es la evidencia de la conexión íntima de Dios con su Creación.

La dinámica de oscilación de la *Ruah*, implica riesgos, es en este espacio entre la muerte y la vida que el amor tiene una nueva definición; redefine la vida de los discípulos, quienes no son testigos de la vida solamente, sino que también testimonian desde las experiencias humanas profundas, permanecen en ellas; son lanzados a comprender el amor no desde la presencia de Jesús sino también desde su ausencia en el aliento que les traspasa (Rambo, 2010a).

Por ello, en la experiencia de sobrevivir, el Espíritu de Amor se expresa en el permanecer.

¿Cómo las personas, cuyos corazones y mentes han sido heridos por la violencia, llegan a sentir y conocer el poder redentor de la gracia de Dios? (Jones, 2009).

Se van entretejiendo conceptos que nos otorgan una manera de estar ante el dolor. Reconociendo este Espíritu Liminal que nos ha sido entregado desde el lugar de la Cruz; sostiene y acompaña de manera sutil a quien vive experiencias de trauma, atravesando el espacio liminal que surge, permitiendo a cada sobreviviente, permanecer,

incluso con las heridas en el cuerpo; alentando, desde el amor a permitir el nacimiento de narrativas que vuelvan a dar sentido a la vida, en medio de la muerte.

Debido a que el acompañamiento espiritual siempre es un encuentro y en este caso, un encuentro entre dos mujeres, me atrevo, siguiendo la intuición de Jones (2009), a recrear un encuentro entre dos mujeres de la Biblia y lo confronto con el encuentro vivido entre Carmen y yo como acompañante.

Los Evangelios guardan silencio respecto al encuentro que se debió suscitar entre María de Nazareth y María Magdalena; las dos lloran la muerte de Jesús, en el sinsentido de una muerte sobrecogedora, injusta y puesta delante de una sociedad que se limitó a observar. La primera, seguramente se queda en casa, tal vez sola, tratando de comprender lo que pasa, recordando las palabras del Ángel: *“Nada es imposible para Dios”* (Lc. 1,37), sin poder reconocer qué significa esta frase ante la muerte (Jones, 2009). Una madre descorazonada, haciendo memoria de cada momento vivido, sus juegos, sus palabras, sus sueños.

María Magdalena, ha salido, fue a cuidar del cuerpo del Maestro; a lo largo del camino que hace hacia la tumba, tiene en el corazón impotencia, dolor, rabia por la muerte de quien daba un sentido a su vida como mujer bienaventurada; en la tumba, lugar de la muerte, tiene un encuentro que la inquieta y que no puede explicar; en medio de sus lágrimas y de la aurora, no logra percibir al Maestro con claridad (Rambo, 2010a).

Seguramente, María Magdalena regresa a prisa, agitado el corazón y el entendimiento. Ambas se encuentran en casa, en el espacio que las cobija, en el espacio donde las palabras sobran. Ambas han tenido experiencia de Jesús; María de Nazareth al traerlo en su cuerpo, verle crecer,

“Lo que redimiste, da vida ahora a tu pueblo”

compartir la vida; Magdalena en cambio, acompañándole en su misión, escuchándole, compartiendo los sueños sembrados en tantos otros hombres y mujeres. Ambas están viviendo este espacio entre la muerte y la vida, el espacio Liminal que las deja en la incertidumbre y el dolor, sostenidas por el Espíritu Liminal (Rambo, 2010a).

Es en este espacio de trauma compartido donde la Gracia irrumpe, ofreciéndoles una solidaridad que conforta y una certeza en el reconocer la presencia tan diferente de Jesús (Jones, 2009); aquí el canto de María (Lc. 1,47-55) es testimonio del grito de mujeres que, a lo largo de la historia viven la ruptura del trauma y vuelven a la vida en la sororidad compartida.

En estas circunstancias, ¿qué pudo ofrecer María a María Magdalena? tal vez, la experiencia de la confianza en Dios que ha estado presente a lo largo del camino, la certeza de sentirse sostenida por el Dios de sus padres, la seguridad de que la muerte de su hijo no ha sido en vano, una mirada nueva de Jesús, la mirada que tiene una madre hacia su hijo, la intimidad en el reconocimiento del dolor frente a María Magdalena que las lleva a ser fortaleza una de otra.

María Magdalena ofrece a María de Nazareth, sus lágrimas, su dolor compartido en un espacio que se ha convertido en el abrazo desde el dolor, la intimidad de María Magdalena con Jesús que da a María una nueva mirada hacia su hijo.

Tal vez todo esto se confluye en un abrazo que trae a la memoria y al corazón cada momento compartido: una nueva mirada hacia el horizonte, una nueva mirada hacia sí mismas. Sí, la muerte de Jesús ha sido devastadora, y al mismo tiempo, les ha llevado a generar un vínculo que les abre a una nueva realidad como testigos.

Cada vez que he escuchado la historia de una persona sobreviviente ha sido para mí una experiencia profunda y consciente de compartir un espacio Sagrado, su espacio, su propia historia de Salvación. En momentos ha significado un encuentro gozoso, lleno de sueños y alegría; en otros momentos ha sido compartir la muerte, la ruptura, el dolor. He entrado a este Espacio Liminal con los pies descalzos (Ex 3,5). Tuve que reconocer que ciertamente, ser acompañante espiritual lo hago desde mis propias rupturas y muertes, desde mi propia experiencia de trauma.

Creo que allí es donde se entrecruzan nuestras historias, y parte importante ha sido el permanecer con cada mujer en este espacio liminal, lo cual me ha permitido reconocer, en muchos momentos, que en mis heridas y cicatrices encuentro claves para acompañar, es decir, mi propia historia me permite ser destello de la presencia del Espíritu Liminal de Jesús.

Allí, la metáfora utilizada con María de Nazareth y María Magdalena, dos mujeres que viven después de la muerte. En mi experiencia, siempre ha sido el encuentro de dos mujeres, que vivimos después de nuestras propias experiencias de trauma. Finalmente, me ha dado la capacidad de ser testigo desde la vida misma, permaneciendo, acompañando desde la muerte hacia el empezar a recrear su vida (Rambo, 2005). Cuando muchas veces la única respuesta ante tanto dolor, es el silencio (Jones, 2009), un silencio que abraza, que sostiene, tal vez es el silencio de la Presencia del Espíritu Liminal (Rambo, 2010a) que nos ha permitido a ambas reconstruir una pequeña parte de lo roto.

Por ello, el Magnificat solamente puede ser cantado junto a María Magdalena, junto a mí misma y a tantas mujeres y hombres que en medio del dolor, permanecen en la vida.

“Lo que redimiste, da vida ahora a tu pueblo”

Hasta poder experimentar que somos nombradas por Aquel que nos amó primero, reconociendo que aquello que Dios redime, da vida a su pueblo.

Referencias

Herman, J. (1997). *Trauma and Recovery*. New York: Basic books.

Jones, S. (2009). *Trauma and Grace. Theology in a ruptured world*. Louisville, Kentucky: Westminster John Knox Press.

Medrano Codosero, Á. (2011). La evolución de la teoría traumática en el pensamiento psicoanalítico. *Instituto de Desarrollo Psicológico Indepsi*, 1–16. Retrieved from http://www.indepsi.cl/indepsi/Servicios_Indepsi/arti-codosero.htm

Nguyen, T. T., Bellehumeur, C. R., & Malette, J. (2014). Women survivors of sex trafficking: A trauma and recovery model integrating spirituality. *Counselling and Spirituality / Counseling et Spiritualite*, 33(1), 111–133. <https://doi.org/10.2143/CS.33.1.3044833>

Rambo, S. (2005). Between Death and Life: Trauma, Divine Love and the Witness of Mary Magdalene. *Studies in Christian Ethics*, 18(2), 7–21. <https://doi.org/10.1177/0953946805054802>

Rambo, S. (2008). Saturday in New Orleans Saturday in New Orleans: Rethinking the Holy Spirit in the Aftermath of Trauma. *Review & Expositor*, 105, 229–244.

Rambo, S. (2010a). *Spirit and trauma: A Theology of remaining* (1st ed.). Louisville, Kentucky: Westminster John Knox Press.

Rambo, S. (2010b). Trauma and Faith: Reading the Narrative of the Hemorrhaging Woman. *International Journal of Practical Theology*, 13(2), 233–257. <https://doi.org/10.1515/IJPT.2009.15>



Reseñas

“ECOFEMINISMO. TEOLOGÍA SALUDABLE PARA LA TIERRA Y SUS HABITANTES”, DE GERALDINA CÉSPEDES

Mariana Gómez Álvarez Icaza¹

Céspedes, G. (2021). *Ecofeminismo. Teología saludable para la tierra y sus habitantes* (1ª Ed). PPC Editorial.

La génesis de este libro **hay que buscarla en la experiencia de muchas mujeres que, desde una opción creyente y una visión comunitaria, hemos emprendido un éxodo hacia una tierra de justicia y paz donde sea posible el florecimiento de la vida de todas las personas y la creación.** El planteamiento fundamental del mismo, parte de la convicción de que hoy no es posible hablar de una teología liberadora que ilumine el camino de la construcción de otro mundo posible sin asumir seriamente el compromiso **ético-espiritual de responder a dos de los grandes clamores de nuestro tiempo: el grito de la tierra y el grito de las mujeres.**

Lo que nos propone Geraldina Céspedes es un camino que nos ayude a comprender que todo proceso de liberación pasa inevitablemente por la tarea místico-profética

1 Presidenta de la cátedra de teología feminista de la universidad Iberoamericana de México.

de «soltar dos pájaros de la misma jaula»: la cuestión de la inequidad de género, que mantiene en la exclusión a más de la mitad de la humanidad por el hecho de ser mujeres, y la destrucción del planeta, fruto de un paradigma de desarrollo que ha desatado una crisis ecológica sin precedentes y que pone en peligro no solo a la humanidad actual, sino a las futuras generaciones.

El grito de la tierra y el grito de las mujeres, señala la autora, se entretajan y se levantan en todas partes del mundo como una crítica al orden establecido y como clamor por un nuevo paradigma de relación y de convivencia. Es una cuestión que toca desde los niveles de las grandes decisiones políticas hasta lo más minúsculo y oculto de nuestra vida cotidiana. Constituyen dos de los grandes ejes transversales que pueden ofrecer un horizonte distinto a la marcha de nuestro mundo y de nuestras Iglesias. Pero también son dos cables de alta tensión que ponen a prueba hasta dónde nos atrevemos a llegar en la búsqueda de un mundo en el que la justicia y la vida digna alcancen a las víctimas de la inequidad y la violencia. Actualmente, la búsqueda de un nuevo paradigma ecológico y de un nuevo paradigma de relación entre hombres y mujeres constituye un nudo problemático en las distintas regiones y religiones del mundo.

Todo estudio crítico del empobrecimiento creciente y del deterioro de la calidad de vida para las mayorías, pasa por el análisis de las relaciones de género y la forma en que concebimos nuestra relación con la tierra. Precisamente, lo que plantea el libro es cómo ambas realidades han de analizarse conjuntamente, pero también señala cómo la salida a la actual crisis ecosocial tiene que entretajar ambas perspectivas. Esa es la propuesta que hacen los movimientos ecofeministas y, desde una perspectiva creyente, el ecofe-

minismo teológico y espiritual. Geraldina toma como punto de partida, la constatación de que **la crisis ecológica y la crisis del patriarcado se dan la mano** y constituyen dos caras de la misma moneda. Pero también considera que la salida para recuperar la salud del planeta y sus habitantes supone **desprogramarnos como humanidad** de la forma en que hemos concebido la relación con la naturaleza y la relación entre hombres y mujeres. En esos dos niveles “necesitamos convertirnos y reconfigurarnos de una manera nueva”.

En este sentido, **el ecofeminismo tiene un horizonte utópico**, pues apunta al sueño de un hombre, una mujer y una tierra nuevos. Esta es una cuestión crucial que desde hace mucho vienen planteando los movimientos altermundialistas. La autora busca abordarla desde una perspectiva creyente, acercándonos a la crisis ecológica y a la crisis del patriarcado desde una visión teológica, comprendiendo esta doble crisis como un signo de los tiempos que nos urge a una conversión; es decir, **a un cambio profundo en la forma en que nos comprendemos los seres humanos y en la forma en que nos relacionamos con el resto de la creación**. La propuesta es, entonces, una teología que se atreva a tejer dos hilos: **el verde (la ecología integral) y el lila (las luchas feministas)**. El tejido de esos dos hilos desde una perspectiva creyente es lo que llamamos ecofeminismo, una visión que se expresa como teología, como forma de vivir y como una opción sociopastoral. En el contexto de unas relaciones heridas y desajustadas, esta visión constituye un horizonte inspirador para impulsar un cambio en nuestro mundo y sanar todas las relaciones dañadas.

Este libro es una invitación a reconvertir las relaciones entre los humanos y la tierra, desde la esperanza de que es posible nacer de nuevo (Jn 3,1-8) y echar el vino nuevo en

vasijas nuevas (Mc 2,22), en nuevos paradigmas que posibiliten que toda vida florezca y sea vida en plenitud para todos (Jn 10,10). Partiendo de una visión de la realidad, el libro analiza las relaciones desajustadas que han llevado a la destrucción tanto de los seres humanos –especialmente de las mujeres– como de la casa común. La raíz de estos desajustes reside en la hegemonía del sistema capitalista patriarcal, con su imposición de un paradigma tecnocientífico y económico basado en el provecho para unos pocos, sin importar los costes humanos y ecológicos. En la actual crisis ecológica y de violencia de género, también está de fondo una determinada concepción del ser humano y de la naturaleza. Por eso considera ineludible abordar la cuestión de la necesidad de un cambio de paradigma antropológico y ecológico.

Para salir de la crisis, Geraldina nos interpela a partir de una nueva epistemología que sea capaz de acoger y escuchar otras voces, otras formas de pensar la vida, la ciencia, la tecnología y, sobre todo, la economía y la religión. Uno de los caminos que puede ofrecer una perspectiva distinta de todos estos aspectos, tanto a la hora de analizar las múltiples crisis que estamos viviendo como en la búsqueda de posibles salidas, es la visión ecofeminista, en cuanto perspectiva holística y crítica que permite captar la interconexión que existe entre las distintas formas de opresión y el sometimiento de las personas –sobre todo de las mujeres– y de la naturaleza.

En el libro, de manera muy precisa y concreta, la autora dedica un capítulo a precisar qué es el ecofeminismo y lo presenta al mismo tiempo como una sabiduría antigua y moderna a la cual apelar para salvar a las mujeres y al conjunto de la creación. Considera útil también presentar la historia y la evolución del ecofeminismo, así como la

diversidad de expresiones que hoy va teniendo en distintos contextos y desde distintas disciplinas.

La teología desde la perspectiva de las mujeres, poco a poco ha ido aportando su luz y pronunciando su palabra respecto a cómo se articulan el grito de las mujeres y el grito de la tierra y qué salidas vemos desde una óptica creyente. El ecofeminismo es una simbiosis crítica de dos de las perspectivas que más están enriqueciendo y cuestionando el quehacer teológico hoy: la ecoteología y la teología feminista. La Dra. Céspedes nos va acompañando a profundizar en este binomio urgente: tanto una ecoteología sin el aporte de la visión feminista como una teología feminista que no incorpore seriamente la perspectiva ecológica padecerían de ceguera y de sordera ante el gemido de la tierra y el gemido de las mujeres. Pero, reitera que el primer problema que tiene que abordar la teología es el de los presupuestos y paradigmas desde los que se ha comprendido al ser humano (hombre-mujer) y la relación de estos con la naturaleza. Por eso, una de las principales tareas que una teología de cuño ecofeminista ha de afrontar es la de hacer una revisión crítica de los planteamientos teológicos y las creencias que han servido como legitimación del sistema androcéntrico-patriarcal, el cual ha destruido la casa común y las relaciones de equidad y reciprocidad entre hombres y mujeres. Ahora bien, dado que la teología no es lo primero, sino que, como afirma la teología de la liberación, es momento segundo, este escrito termina llevándonos a la fuente, a la espiritualidad, pues solo desde una profunda experiencia de Dios como amante de la vida en todas sus formas es posible sanar la tierra y sanar las relaciones humanas. Plantea así los ejes configuradores de una ecoespiritualidad feminista. Desde ellos, visualiza que ante las múltiples formas de extractivismo y

violencia hacia la tierra y hacia las mujeres urge articular la conversión ecológica –a la que invitan tanto *Laudato Si* como el Sínodo de la Amazonía– y la conversión ecofeminista. Esto es indispensable para lograr la justicia social y la justicia ecológica como dos cuestiones inseparables, tal como lo afirma el papa Francisco: «No hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental» (LS 139).

Finalmente, un libro que pretende ofrecer una luz desde la teología y la espiritualidad para vislumbrar una salida a la crisis socio-ambiental y a la crisis patriarcal estaría incompleto si no tomara en cuenta que en los pueblos originarios hay una reserva de sabiduría, sobre todo en lo que respecta a su comprensión de la relación con la tierra y la visión comunitaria. Esta es la experiencia vivida a lo largo de muchos años en que Geraldina Céspedes ha compartido su vida y ministerio teológico-pastoral en Guatemala y en Chiapas (México). A pesar de la colonización del pasado y del presente, a pesar de que los pueblos indígenas están siendo cooptados y contaminados por la globalización del capitalismo neoliberal patriarcal, todavía queda en ellos un remanente de resistencia, pudiendo ser considerados como una reserva ético-espiritual de la humanidad.

Por eso consideramos indispensable en un texto de ecofeminismo como el que Geraldina Céspedes nos regala, reconocer esa sabiduría ancestral y proponer que nuestras teologías y nuestras espiritualidades se atrevan a beber de las fuentes de los pueblos indígenas, que nos enseñan a vivir cotidianamente una espiritualidad y una ética de la interrelación, el cuidado, la interdependencia y la sacralidad de la tierra. Este es el aspecto más destacado que aborda el último capítulo, en el que se plantea la necesidad de concretar la visión ecofeminista con un nuevo estilo

de vida y una nueva praxis transformadora. Para ello hay que crear espacios, desde la vida cotidiana hasta el escenario político y religioso, donde se pueda evidenciar que es posible vivir y creer de un modo saludable para la tierra y para las personas.

“No es posible practicar la ecojusticia y el ecocuidado sin un cambio en cómo percibimos la naturaleza y cómo nos percibimos los seres humanos. Necesitamos cultivar valores ecocéntricos y abandonar la lógica antropo-androcéntrica y nuestra pretensión de autosuficiencia y omnisciencia, que olvida que los humanos somos los seres más dependientes en el universo. Desde una mirada contemplativa descubrimos que la naturaleza es sabia y nos da las mejores lecciones de ecocuidado. Cuando el ser humano se lo permite, ella muestra una admirable capacidad de regenerarse y propiciar la vida de millones de criaturas que habitamos la tierra. La ética y la espiritualidad de la ecojusticia y el ecocuidado no es otra cosa que dejarnos contagiar por esa sabiduría de la naturaleza, sumándonos gozosamente a ese flujo de vida, protegiendo y sosteniendo el equilibrio cósmico” nos plantea con contundencia y claridad la autora de tan provocadora y nutritiva propuesta.

No nos queda más que agradecer a Geraldina esta valiosísima provocación y convocatoria, profundizar en ella a través de la lectura del libro, nutrir nuestras reflexiones y encuentros con ella y vincularla en nuestras experiencias ecofeministas cotidianas.